

BOLSILIBROS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**
PUNTO
ROJO

garra de terror

peter kapra



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER KAPRA

GARRA DE TERROR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 600

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 29.136 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1973

© PETER KAPRA - 1973

texto

© SALVADOR FABA - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Te digo que es un buen «golpe», Archi! —exclamó, con vehemencia, el elegante y perfumado Lawden, a quien todos conocían por su apodo de *Dandy*.

—¡Hum! Las joyas son de mal vender.

—No te preocupes de eso. Tengo buenos amigos —repuso el *Dandy* con suficiencia—. Este asunto lo he estudiado con calma durante bastante tiempo ¡Eh, Johnny, tráete otra botella!

Los tres hombres que rodeaban la mesa del bar de Dirty Hands (*Manos sucias*) Vigier contaban con casi un centenar de años de prisión en su haber colectivo y su sola presencia en aquel antro de pésima reputación habría bastado para despertar el recelo de cualquier policía que se dejase caer por allí.

Por suerte para los malhechores, en el bar sólo había un cliente en aquellos momentos y era conocido del dueño; además, estaba tan bebido que se había quedado dormido sobre la mesa que ocupaba en otro ángulo del oscuro y maloliente establecimiento.

Dandy Lawden, refiriéndose al beodo, había preguntado a Dirty Hands poco antes:

—¿Y ese individuo?

—¿Quién? ¡Ah, *Doc* Hocke! No le preocupes por él. Es de fiar. Forma parte del mobiliario del local. Su única ocupación consiste en beber.

—Será mejor que vayamos a la trastienda —rezongó *Dandy*.

—No puedo cerrar tan pronto. No es costumbre. Sentaos en esa mesa. Yo os serviré... *whisky*, ¿eh?

Al conjuro de aquella mágica palabra, el borracho solitario, un hombre joven, descuidado de ropa y barba, ojos febriles, manos trémulas y movimientos de alcohólico, había alzado la cabeza.

—¡Eh, míster Vigier..., por favor... otra copa!

—¿Por qué no te vas a casa, Doc? Ya has bebido bastante.

—Nunca es bastante, míster Vigier... Una copita más, por favor. *Mistress* Fulton ha sido magnánima conmigo... Su hijo sanará pronto, gracias al Hipócrates que todavía queda en mí... ¡Buenas noches, señores! —Este saludo iba dirigido a los tres cómplices de John *Dirty Hands* Vigier, quienes se alejaron y ocuparon su mesa, iniciando, en voz baja, el «negocio» que les había reunido allí.

Lo que *Dandy* Lawden proponía a los otros era, en esencia, el robo de una joyería situada en Westham.

—Es un sitio ideal... ¡Fantástico! El edificio contiguo lo ocupa una viuda con una hija. Parece ser que una inmobiliaria quiere adquirir la finca de la señora Warbott, pero ésta, afincada a sus recuerdos, ha rechazado todas las ofertas.

»¿Os dais cuenta? Se trata de dos mujeres solas e indefensas, que no nos darán mucho trabajo. Y, casualmente, la vieja está algo delicada y guarda cama. Por eso la hija ha dejado el trabajo y está cuidando de su madre.

—¿Cómo has averiguado tantas cosas, *Dandy*? —preguntó Manos Sucias, que se había unido al grupo, después de servir la segunda botella.

—¡Ah, soy muy eficiente y metódico, amigo mío! —repuso *Dandy*, con una áurea sonrisa, debido a su prótesis dental de oro, a la vez que tomaba su copa—. Desde que salí del «talego», hace seis meses, no he dejado de estudiar el negocio.

»La cosa está clara. Necesitamos un buen metalúrgico como Johnny, porque en los planos de construcción de la joyería se ve perfectamente el punto de ataque, o sea el más débil de la caja fuerte, que es por donde hemos de perforar.

—¡Eso está hecho! —dijo John *Dirty Hands* Vigier, frotándose las manos—. Soy capaz de agujerear las mismas arcas del Banco Nacional, si me hacéis sitio.

—Para eso está aquí Archi —replicó el *Dandy*—. ¿Qué, contamos contigo?

Archibald Jones, un tipo fornido, duro, con expresión de exboxeador, rostro rufianesco y ojos pequeños, que vestía una cazadora de piel, muy raída, gorra de fieltro, ladeada y pañuelo de seda al cuello, sacudió la cabeza, murmurando:

—¡Hum! Va a ser un trabajo duro... ¡Muy duro!

—Desde la mansión de la señora Warbott hasta el lugar donde está la caja acorazada de la joyería Klostern sólo hay unos treinta metros. Además, Jo te ayudará.

—¿Y quién vigilará a las mujeres? —increpó el tercer sujeto, llamado Jo Good, que era la expresión máxima del pistolero esmirriado, flaco y traidor, capaz de meter una bala entre los ojos de su propia madre.

—Tú y yo, Jo —repuso el *Dandy*—. Todo está estudiado. El túnel se puede empezar el sábado por la noche, o antes. Trabajaremos toda la velada y parte del domingo. He calculado sin prisas, con descansos. Para el mediodía del domingo habremos llegado a la caja. Entonces intervendrá Johnny con sus sopletes. Si no hay dificultades, en un par de horas habrá concluido. Lo demás será...

El doctor Richard Hocke se incorporó en su mesa, sacudió la cabeza y gritó:

—¡Agárrate, Fanny! ¡Aaagh!

Los cuatro indeseables de la otra mesa, sorprendidos, se volvieron.

—¿Qué le ocurre a ése, Johnny? —preguntó Archibald Jones, alias Braggs, frunciendo el ceño, apretando los puños.

—¡Dejadle! —masculló Dirty Hands, yendo hacia el joven beodo—. ¡Vamos, vamos, *Doc*; te he dicho que debes irte a casa!

El borracho miró al dueño del local con expresión aterrada. Se pasó la mano por el rostro y se incorporó. Parecía un loco.

—¡La he matado, Johnny! ¡Está muerta! ¡Dios mío, perdóname!

Dirty Hands se acercó a él y le sujetó del brazo, zarandeándole vivamente.

—¡Olvidalo, *Doc*; no conseguirás nada torturándote! ¿No me oyes? ¡No pienses más en ella! Ven, tómate otra copa y vete a dormir.

Casi arrastrándolo, el tabernero se llevó a Richard hacia el mostrador, donde lo apuntaló bruscamente. *Dandy* Lawden, que se había levantado, se acercó, frotándose las manos en un blanco pañuelo.

—Tratas con demasiada dulzura a tus clientes, Dirty Hands —dijo, entre dientes—. Es mejor echarle a la calle sin contemplaciones.

—No —repuso Johnny, tajante—. *Doc* es buena persona. Cuando está normal es muy tratable.

—¿Qué le ocurre, pues?

—Sufrió un accidente automovilístico cuando llevaba a su mujer a la maternidad. Él es médico. Ella murió, perdiendo el bebé que esperaban. De esto hace más de dos años. *Doc* sufrió un *shock* del que no se ha repuesto todavía.

—Ni se repondrá —dijo *Dandy*—. Estas cosas empiezan y terminan en uno mismo. Había un tipo en Dartmoor, condenado por parricidio, que se comportaba así. Los «boqueras» sabían tratarlo bien cuando se desmandaba. Lo metían bajo la ducha y se le pasaba el choque.

Richard Hocke estaba mirando a *Dandy* con expresión desvaída.

—¿Qué dice usted? —preguntó, con voz pastosa.

—Nada, nada... Es mejor que se vaya.

—Sí... Es mejor... No me sirvas más, Johnny... Adiós a todos... Buenas noches.

Con paso vacilante, Richard Hocke se encaminó hacia la puerta. Se detuvo unos instantes en el umbral, tambaleándose, y luego abrió y salió, desapareciendo en la noche.

—¡Vaya! —exclamó *Dandy*, satisfecho—. Ahora puedes cerrar, Johnny. Estaremos más tranquilos. Y vamos a continuar con el negocio. Os enseñaré el croquis de la joyería Klostern.

Richard Hocke, licenciado en medicina general, exinterno del St. Paul Memorial Hospital de Londres, viudo a los treinta y un años, hundido y derrotado por una tragedia cuya responsabilidad se atribuyó, caminó inseguro en la noche, hasta tropezar con un coche mal aparcado. Allí se detuvo, apoyándose en el frío metal.

De nuevo, la obsesión acudió a su mente.

«No he bebido bastante —se dijo—. ¡Necesito otro trago! ¡Oh, Dios, qué tortura más grande! ¿Por qué, Fanny? ¿Por qué hubo de ocurrir?».

A veces, Richard revivía la fatídica escena. El corría demasiado, según creía. Fanny estaba a su lado, reclinada la cabeza sobre el respaldo, quejándose y apremiándole. «¡Date prisa, Dick! ¡Esto es horrible!». «Ya estamos llegando, querida. ¿Quieres que pare y te inyecte un calmante?».

Fanny Hocke no respondió. En aquel mismo instante se produjo el accidente. Algo blanco surgió ante las luces del «Bentley». Pudo ser un gato o un perrito. Richard no lo sabría jamás. Giró el volante con demasiada brusquedad, instintivamente, a la vez que frenaba. El vehículo patinó violentamente y se estrelló contra el poste metálico, a consecuencias de cuyo tremendo golpe, él perdió el conocimiento, sufriendo fractura de varias costillas y lesiones menos graves.

Pero Fanny murió casi en el acto, al quedar empotrado su cuerpo entre el techo y el parabrisas roto. El hijo que le iba a nacer, un bebé, según informaron a Richard después, vivió un poco más, pero todo fue inútil para los médicos, entre los que el accidentado contaba con numerosos amigos.

Aquéel era el drama de Richard Hocke. Había amado mucho a Fanny, a la que conoció en el hospital, estando él interno. La boda fue sencilla. Ninguno de los dos poseía gran fortuna. Ella había sido secretaria en una empresa de exportación-importación de la City. Se casaron y se instalaron en Leyton, hasta que él terminó su período de internado y puso un consultorio en su casa, debiendo, no obstante, trabajar en un ambulatorio y, por las tardes, ayudar a un amigo en su consulta.

Durante aquel tiempo, Richard apenas veía a su joven esposa, la cual le aguardaba hasta altas horas de la noche, para besarle, cargados los ojos de sueño, darle la cena y charlar un poco, temiendo siempre la señal del teléfono, como ocurría con frecuencia, que venía a separarlos de nuevo.

Richard, empero, era joven, animoso y buscaba con ahínco su futuro. Conseguir su título le costó un enorme sacrificio. Su madre, que ya había muerto, le ayudó hasta su última hora. Luego, él sólo se abrió camino.

Y cuando parecía a punto de alcanzar su meta, el destino le chasqueó, quebrando de golpe y rudamente, su vida y sus ilusiones más caras. Richard no encajó bien el duro golpe. Al salir del hospital, pese a los buenos consejos, se dio a olvidar en la bebida, adquiriendo hábito. Cualquier otro que no fuera médico, como él, habría tenido cierta excusa, por ignorancia. Pero no el doctor Richard Hocke, que atendió numerosos casos de alcoholismo agudo y conocía sus consecuencias.

La verdad era que buscó aquel recurso deliberadamente. Quería aturdirse, ofuscarse, olvidar, no ser él, acallar los recuerdos, hundirse en el olvido, morir, que hasta en las turbias aguas del Támesis llegó a pensar, faltándole el valor para quitarse la vida en el último momento.

Y de aquel modo estúpido e insensato, un hombre de valía se sumergió en el piélago de la bebida, hasta convertirse en un ser despreciable, absurdo, inútil y borracho, del que se reían los chiquillos y al que compadecían los adultos.

Richard Hocke lo había perdido todo: esposa, hijo, casa y amigos. Desoyó a éstos y huyó de ellos. Botella tras botella, acabó con sus ahorros, malvendió muebles, instrumental y utensilios, y terminó por instalarse en una sórdida pensión, en las cercanías de Hyde Park, cuya patrona trataba de ayudarle en todo lo que podía, agradecida por una receta que él le dio en momentos de lucidez.

También era cierto que últimamente, *mistress* Fulton le presentaba a numerosas amigas y conocidas, cada una con distinta dolencia, para que él diagnosticara y diera una receta. Y aunque él no percibía dinero por tales «consejos», era la señora Fulton quién obtenía «propinas» por las visitas, y la que le daba algunos centavos para sus gastos.

Y de esto bebía Richard, sin poder salir del marasmo angustioso de los recuerdos trágicos embebidos en *whisky* de todas las marcas.

Aquella noche había sido una de tantas. Empezó bebiendo en el *Gay Pub*, en Rogent Garden, y terminó en el bar de *Dirty Hands*. Ni siquiera había recorrido un kilómetro y visitó doce establecimientos. Vio millares de rostros, sin fijarse en ninguno. Oyó multitud de voces, sin captar sonido alguno.

Pero ahora, a solas en la noche, bajo el manto negro del cielo, a oscuras, la verdad empezó a surgir en su mente. Una verdad aterradora, angustiosa y fatal.

Apoyado aún en el coche mal aparcado, se oyó a sí mismo decir:

—¿Qué haces, Dick? ¿Crees que así lograrás olvidarla? ¡Oh, Fanny, mi vida! ¿Por qué no me ayudas tú, dondequiera que estés?

Recordó a Johnny *Dirty Hands* Vigier, que siempre se portó bien con él. «¡Hola, Doc! ¿Por qué bebes tanto?».

Sabía que Johnny estuvo en la cárcel, por robo. Alguien, no recordaba bien quién, se lo dijo. ¿Y qué le importaba a él? Johnny

se fracturó un brazo, cayendo por una escalera. Aquel día, Richard no estaba muy borracho. Le atendió con prontitud y esmero. Johnny no olvidó jamás aquella ayuda, por la que Richard no quiso cobrar ni un chelín. Todos eran hermanos. Todos hijos de Dios. Yo sufro, tú sufres, ellos sufren.

—¡Piedad!

Se asustó de su propio grito. En aquel instante, pese al licor ingerido, sentía una singular lucidez, se veía a sí mismo, desnudo de cuerpo y alma, hecho un vicioso y un miserable, y pensó en muchos lugares del torturado mundo donde un médico podía realizar mejor tarea que la de emborracharse todos los días.

—¡Fanny, mi vida; no quiero traicionarte!

¿A qué nivel de embrutecimiento podía llegar un hombre por causa del alcohol? ¿Era posible que él, habituado desde la facultad de medicina a ver la tragedia, se hubiera impresionado tanto por la muerte de su esposa?

—No, Dick... Recapacita... Esos hombres, los amigos de Johnny, parecían conspiradores, delincuentes. Tal vez estuvieran fraguando algún delito horroroso, con desprecio de la vida de los demás... ¿Y tú, Dick? ¿No estás cometiendo también un delito contra ti mismo y contra la sociedad? ¿Crees que es esto lo que Fanny esperaba de ti?

Enderezó la cabeza, inhaló una bocanada de aire fresco y, por un momento, creyó liberarse de la modorra que le había invadido hasta entonces.

Se separó del vehículo y caminó un trecho con paso algo firme. Un *policeman* de ronda se cruzó con él, mirándole de reojo, pero no le dijo nada. *Doc Hocke* era bastante conocido en aquel sector de la ciudad.

«¡Borracho, como siempre!», debió pensar el agente.

Una mujer bonita, educada, esbelta y con buen sueldo no es probable que se quede soltera. May Warbott poseía todas estas cualidades y contaba veintiséis años, lo cual, en este mundo actual y revuelto, puede considerarse «edad avanzada» para una chica.

En realidad, May jamás hizo nada por encontrar novio. Amaba a su madre, a su trabajo, la respetaban sus escasas amistades — aunque en la oficina donde trabajaba todos sus compañeros estaban casados y temían más de cuarenta años— y era discreta, algo

«antigua» en el vestir, etc., etc.

Su madre no gozaba de buena salud. Esto la obligaba a cuidar de la vieja casa victoriana, de dos pisos, situada en Park Road, donde vivía, con su madre, en un barrio que se estaba comercializando demasiado, debido a la continua expansión de la ciudad.

Con frecuencia, su madre le decía:

—Estás demasiado atareada, hijita. Debes tomarte algún descanso, salir de paseo, entablar amistades, especialmente masculinas.

May, riendo, replicaba:

—¿Qué te propones, mamá? ¿Casarme? ¡Eso ni lo sueñes! Tú me necesitas, ¿no?

—Pero yo no voy a vivir siempre.

—¡Ni yo tampoco! ¡Jamás se me ocurriría casarme y dejarte sola! ¿Quién iba a cuidar de ti y de todo esto?

—Podrías vivir conmigo.

—¡Oh, eso sería insoportable! Si me caso, mi marido te llamaría suegra... ¡Qué horror, mamá!

May se había burlado de aquello hasta que cumplió veintidós años. Luego, empezó a pensar de muy distinta forma. Pero no hizo nada por cambiar de costumbres. Jamás fue a un club, sala de fiestas o salón de la juventud. Todo lo más que hizo, algún sábado, fue ir a un cine, pero en cuanto concluía la función regresaba a casa inmediatamente, por si su madre la necesitaba.

Además, tenía la mala suerte de vivir en una casa sin vecinos. El edificio contiguo al suyo era un moderno inmueble de apartamentos, donde nadie parecía conocerse. Los coches entraban y salían, mañana y tarde, del garaje contiguo. Nadie parecía conocerse. Al otro lado de la calle había edificios de similares características. Todos parecían ser nuevos allí, como los empleados de la joyería que unos años antes se había instalado junto a la mansión de los Warbott.

May se compró allí un anillo. Fue un capricho de fin de año. Se había detenido ante el luminoso escaparate, vio la joya y vaciló. Su jefe se había mostrado generoso y le regaló un sobre extra, con diez libras, porque los negocios le habían ido bien.

Así conoció May al elegante dueño de la joyería Klosteren, que fue quien la atendió, en persona. Era un holandés muy amable.

Conocía a May, de verla entrar y salir. Dijo llamarse Hans van Kloster, mientras no dejaba de sonreír a su hermosa vecina.

May compró el anillo, pagó doce libras por él y se fue. Luego, se lo enseñó a su madre, no sin cierto temor.

—El dueño de la joyería me ha atendido... En persona, mamá. Y me miraba de un modo...

—El señor Van Kloster está casado, May —dijo la señora Warbott, seriamente—. He visto a su esposa algunas veces, llegar con un automóvil rojo, último modelo.

—No lo sabía... Apenas si me fijo en la gente... ¿Te gusta el anillo?

—Es lo que regalan los novios a sus prometidas. No deberías ponértelo. La gente pensará que...

—¡Por Dios, mamá; deja ya esas cosas! ¡No lo he comprado porque me tomen por *fiancé* de nadie! ¡Me ha gustado y...!

May Warbott, aquella noche, tendida sobre su lecho, a oscuras, pensaba en que, en alguna parte del gran Londres, alguien podía necesitarla. A los veintiséis años empezaba a intuir la soltería perpetua. Y su madre la inquietaba bastante. El médico no le hizo concebir muchas esperanzas.

Por esto había pedido a su jefe unos días de vacaciones. Se los merecía. Míster Harper la sustituía en la oficina.

«¿Y si muere mamá y quedo sola? ¡Dios mío, no quiero ni pensarlo!».

En otra parte de la ciudad, Ernest *Dandy* Lawden estrechaba las manos de sus nuevos cómplices, diciendo, satisfecho:

—¡Trato hecho! ¡Será un buen negocio!

CAPÍTULO II

Braggs Jones y Dirty Hands Vigier, cargados con un gran paquete, que parecía contener un frigorífico, subieron los cuatro peldaños que conducían a la puerta del número 114 de Park Road.

Era sábado. El

«Big-Ben»,

poco antes, había dado las doce, solemnemente, enviando sus notas a todos los países de la Commonwealth. La furgoneta que llevaba el equipo de Dirty Hands aguardaba junto a la acera y, al volante, vistiendo el mono blanco con una marca comercial, estaba sentado Jo Good, mirando de soslayo a sus compañeros.

Fue Archibald quien tocó al timbre. Luego, se volvió hacia la furgoneta y le hizo un gesto a Good, quien la captó, sin inmutarse.

En el mismo instante en que May Warbott abrió la puerta, Jo desembragaba y se alejaba lentamente.

—Buenos días, señorita —saludó Braggs, recurriendo a su mejor sonrisa, lo que resultó una mueca en su cara de perro dogo—. Traemos el frigorífico de

«Warren's».

Sorprendida, May miró a los dos falsos empleados y al voluminoso objeto que habían colocado ante la puerta.

—Pero... Creo que se equivocan. Nosotras no hemos pedido esto.

Johnny *Dirty Hands*, sonriendo también, intervino y dijo:

—Nos han enviado a traerlo. ¿No vive aquí *mistress* Warbott?

—Sí. Yo soy May Warbott. Pero... Aguarden, le preguntaré a mi madre.

—No hay duda, Archie. Es aquí. No tienen que pagar nada. Creo que les ha «tocao» en un sorteo.

—¡Oh! —exclamó la joven, abriendo la boca y mostrando su bien cuidada dentadura—. ¿Es posible?

—¡Vaya que sí! —agregó Johnny—. No tienen que pagar nada. Sólo han de firmar un recibo.

—Siendo así... ¿A qué concurso se refieren ustedes?

—Un sorteo de esos que hacen en la radio —dijo Johnny—. Este frigorífico debe costar más de cien «tale...», digo libras. ¿Lo podemos entrar? Pesa lo suyo.

—Es que... Bueno, pásenlo. Ya tenemos frigorífico, pero si no hay que pagar nada...

Archibald y Johnny actuaron con naturalidad. Sabían que, desde un apartamento situado al otro lado de la calle, *Dandy* Lawden les estaba observando con unos prismáticos. No se había dejado nada al azar. El jefe de la «operación» acudiría a la casa de los Warbott al anochecer. No le convenía nada a *Dandy* dejarse ver por aquel sector.

May cerró la puerta cuando los dos forajidos hubieron entrado con su carga y la depositaron en el vestíbulo.

—No sé dónde ponerla. ¿Quieren aguardar un instante? Se lo diré a mi madre. Está arriba en su cuarto. No se encuentra bien y yo estoy atendiéndola.

—Sí, señorita —dijo Braggs, rudamente, sacando una pistola automática de la axila—. Yo también quiero ver a su madre.

—¿Eh, qué es...?

—¡Silencio, guapa! —atajó Johnny—. No queremos hacerle ningún daño. No chille ni haga nada. Camine con naturalidad.

—¿Qué significa esto? ¿Qué se proponen? ¡Dios mío!

¿Quiénes son ustedes?

—Amigos, señorita Warbott —dijo Braggs, secamente—. Pero si nos pone dificultades, seremos enemigos..., ¡muy malos enemigos! ¡Andando, vamos a ver a su madre!

El cañón de la pistola empujó a May, quien se estremeció, aturdida y asustada.

—Si vienen a robar, no tenemos más que...

—No hemos venido a eso, preciosa. Nos ha traído aquí otro negocio.

Johnny *Dirty Hands* también había sacado otra pistola, montándola con un siniestro chasquido metálico. Recurrió a toda la ferocidad que podía expresar su semblante, para intimidar a May:

—¡Vamos, pequeña; si haces todo lo que te digamos, no te

ocurrirá nada!

May sintió encogerse el corazón, como si fuera una esponja estrujada por el miedo. Se volvió y se dirigió a la escalera. Al poner el pie en el primer peldaño, se volvió y, recobrando parte de su perdido ánimo, expuso:

—Mi madre está enferma. Esto le causará una fuerte impresión... Díganme lo que quieren y yo puedo...

—No queremos nada, preciosa. Nada de ti o de tu madre. Puedes estar tranquila. Y si no armáis alboroto, nada os pasará.

—¡Vamos, andando! —rugió Braggs, empujando a May.

La señora Warbott estaba tendida en el lecho, arrugada y blanca de tez. Alzó la mirada al ver entrar a su hija, empezando a preguntar:

—¿Quién era...?

La aparición de los dos hombres, detrás de su hija, empuñando sendas pistolas, la hizo incorporarse vivamente en el lecho, como si la vitalidad hubiera retornado a ella súbitamente.

—¡Mamá! —exclamó May.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes?

—Calma, señora —dijo Johnny, avanzando hacia el lecho y apuntando a la mujer con su arma—. No se ponga nerviosa. No queremos causarles ningún daño. Tú, pequeña, sitúate ahí... Siéntate. Ya puedes avisar al jefe, Archi. Yo cuidaré de ellas. No hay nadie más en la casa, ¿verdad? —Johnny *Dirty Hands* Vigier miró en dirección a la puerta de la alcoba, cuyo mobiliario era tan antiguo como su propietaria—. Nos han dicho que viven ustedes solas aquí.

—¡Ay, algo me va a dar! —gimió la señora Warbott—. Mi tónico, May... ¿Qué quieren? ¡No tenemos dinero! ¡Estoy enferma y mi hija trabaja en la City...! ¡Se ha tomado unos días de fiesta para cuidarme! Mi salud está muy...

—¡Tranquila, *madame*! —exclamó Johnny, conciliador y sonriente—. No queremos hacerles daño, si es que no nos obligan. Estamos aquí para otro negocio, que nos ocupará hoy y mañana, todo lo más.

Las dos mujeres miraban ahora al delincuente con ojos muy abiertos, esperando la explicación al misterio que les sobrecogía, aunque ambas parecían haberse recuperado de la primera impresión

sufrida.

—Es sencillo —continuó diciendo Dirty Hands—. Hemos venido por la joyería de al lado, ¿entienden? Hemos traído herramientas para hacer un agujero bajo tierra. Hemos de vivir.

—¿Ladrones? —preguntó la señora Warbott, casi sin aliento.

—Bueno, ¿y qué? Ser ladrón es tan digno como ser cualquier otra cosa. También corremos nuestro riesgo.

—¡Robar es innoble!

—¿Qué me dice usted? —se mofó Johnny—. ¡Jamás lo hubiera creído!

—¡Llama a la policía, May! —ordenó la mujer, imperiosamente.

—Guárdese muy bien de tocar siquiera el teléfono —añadió Johnny, muy serio, encañonando a May—. Los ladrones, si nos atosigan, nos convertimos en homicidas. Sentiría matar a su hija, señora.

—¡Oh!

—Cállate, mamá. Estos hombres han venido con un propósito y no se irán hasta haberlo logrado.

—Exacto, señorita. Nuestro propósito es llegar hasta la caja fuerte de la joyería Kloster. No será fácil, lo confieso, pero les aconsejo a ustedes que no nos creen problemas. Soy bastante tolerante y comprensivo. Mis compañeros, por desgracia, no lo son tanto.

»De modo que van a permanecer aquí tranquilas y nada les ocurrirá. Tú, señorita Warbott, harás todo lo que te ordenemos. Y procura hacerlo con naturalidad y sensatez... ¡Si tratas de escapar o jugarnos alguna mala pasada, será tu madre quien pague las consecuencias!

Archi *Braggs* Jones regresó en aquel instante, guardándose la pistola en la axila y diciendo:

—No hay nadie en la casa. Óyeme, muñeca. Si alguien viene y llama al timbre, abrirás con toda calma. ¿Esperan alguna visita?

—Pues... sí —afirmó May, indecisa—. Ha de venir el chico del supermercado. Ya no tardará.

Los dos forajidos intercambiaron una mirada.

—Está bien —dijo Johnny, volviendo a mirar a May—. Cuando venga, irás a abrir, pero no debes dejarle pasar. Yo estaré contigo. Tú te quedarás aquí, con la señora, hasta que vengan Jo y el *boss*.

Braggs sonrió, mostrando los dientes, y se instaló en una butaca, junto al lecho de la señora Warbott.

—Vamos abajo, pequeña.

—¡No me trate como a una niña! —exclamó May, rebelándose.

—Está bien. Quiero examinar la casa. ¡Vamos! Y no tema usted nada, señora. Tanto Archi como yo hemos pasado la edad de los devaneos. Pero tengan cuidado con Jo; enloquece por las mujeres... ¡Y tú no estás nada mal!

May no supo si se trataba de un sarcasmo o un cumplido de Dirty Hands.

La operación empezó a desarrollarse de acuerdo con los planes previstos. No hubo más alteración que la llegada de un muchacho de recados, con una cesta que contenía provisiones.

Pero, siguiendo órdenes de Dirty Hands, May le hizo esperar en la entrada, mientras iba a la cocina y sacaba los paquetes del cesto, el cual devolvió al muchacho.

—Firme usted aquí, señorita May.

La mano de la joven temblaba. Sintió deseos de escribir en el bloc del repartidor: «Avisen a la policía». Pero Johnny *Dirty Hands* estaba detrás de ella, con la pistola en la mano. Además, la policía le inquietaba más que los propios forajidos, por las consecuencias que su presencia en la casa pudiera tener para ella y su madre. Era lógico suponer que si los ladrones se veían sorprendidos, se defenderían. Posiblemente utilizarían a las dos mujeres como rehenes. Y si habían tiros...

May firmó la nota y el muchacho se fue, masticando un chicle, indiferente. Ni siquiera se apercibió del nerviosismo de la joven.

—Parece que dudabas —dijo Johnny, cuando se cerró la puerta—. Creí que ibas a pedir auxilio por escrito... ¡Ese chico no se habría ido tan fácilmente! Os estaba mirando por la rendija.

May no respondió.

—Volvamos al salón, pequeña.

May obedeció, guiando a Dirty Hands al salón en donde habían abierto el presunto frigorífico, y que resultó ser una caja conteniendo herramientas de acero, dos botellas de oxiacetileno, sopletes, espuelas de goma endurecida, y otros objetos. Incluso habían bocadoillos, botellas de cerveza y *whisky*, café en termos y

cigarrillos.

Señalando todo aquello, Johnny explicó a May:

—Venimos provistos de todo. Ignorábamos lo que íbamos a encontrar aquí. Y no podemos estar saliendo y entrando en busca de lo que nos haga falta.

—¿Qué piensan hacer? ¿Un agujero en el muro y pasar a la joyería Klostern? —inquirió May.

—Algo de eso. Pero a través del muro no conseguiríamos nada. Sabemos bien lo que hay al otro lado. Empezaremos haciendo un agujero en el suelo, luego un túnel y...

—¿Están locos? ¡Armarán un ruido espantoso!

—No te preocupes. Nadie lo oirá. Somos profesionales —repuso Dirty Hands, con suficiencia—. Algo semejante hicimos, hace años, para escapar de la prisión de Reading. Habíamos excavado veinte metros de galería cuando nos descubrieron.

—¿Van a destrozarme el piso?

—Un poco. Lo siento.

—¿Y la tierra que saquen?

—Habremos de llenar ese rincón. Pero no te preocupes, preciosa. La joyería está asegurada contra robo. Alguien cuidará de arreglar esto.

May Warbott se estrujó las manos. Sintió deseos de agredir a Johnny, cuando éste se inclinó sobre las herramientas, tomando mía botella de cerveza y registrando los demás objetos.

—¡Vaya descuido! —exclamó—. ¿No tienes un abridor de botellas? Soy dueño de un bar y se me ha olvidado lo más importante.

—Sí, en la cocina tengo uno.

Más tarde, May caería en la cuenta de que los asaltantes se comportaban de un modo extraño. Ninguno había ocultado su rostro, ni su nombre, y menos se preocuparon de encubrir su personalidad. Eran ladrones, no cabía duda, pero parecía tenerles sin cuidado que, una vez logrado su propósito, las dos mujeres pudieran denunciarlos a la policía o identificarlos.

Y esto, a juicio de May, sólo podía significar algo muy siniestro. Cuando cayó en la cuenta, se puso a temblar. ¡Aquellos individuos no ocultaban nada a las dos mujeres, porque, evidentemente, pensaban matarlas cuando hubieran terminado!

A las dos en punto sonó el timbre de la puerta.

Johnny *Dirty Hands*, que estaba sentado en un sofá del vestíbulo, consultó su reloj de pulsera. May paseaba arriba y abajo, inquieta, dirigiendo continuas miradas hacia la escalera.

—Es Jo —comentó Johnny—. Yo le abriré. Quédate quieta.

Efectivamente, era Jo Good, ahora vestido como un obrero, y llevando un paquete, envuelto en periódicos, bajo el brazo. Entró rápidamente, hizo un gesto a Johnny, y se fijó en May, dejando escapar un silbido admirativo.

—¡Vaya, Johnny; es una tía estupenda! ¿Qué hay, mapa? Me llamo Jo. ¿Vamos a ser amigos? —Se acercó a la joven y trató de acariciarle el rostro. Ella le hizo un desaire—. ¡Hum, no seas sosa, muñeca! Podemos alternar el trabajo y el placer. Si te portas bien, te obsequiaré con un diamante del tamaño de un huevo de paloma.

—¡Déjala en paz, Jo! —exclamó Johnny—. No hemos venido aquí a divertimos.

—¿Y por qué no? La muchacha merece la pena. ¿Dónde está Archi?

—Arriba, con la madre.

—Pues sube a ésta también. Hay que empezar el trabajo. ¿Es ése el lugar?

Jo sonrió, mirando las piernas de May, cuando ésta ascendía la escalera. Luego, silbó.

—¡Bonita, linda!

Braggs continuaba sentado en la alcoba de la señora Warbott, la cual alzó la cabeza al entrar su hija y Johnny.

—¿Ha llegado Jo? —preguntó Braggs.

—Sí. Cuida de ésta. Vamos a empezar a levantar el suelo.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó la madre de May.

—No se alarme, señora. Es mejor que duerma un rato. Procuraremos no hacer ruido.

—¡Dios mío, May; nos ha caído encima una maldición! —se quejó la enferma—. No sé si podré resistirlo.

Dirty Hands salió, regresando al piso inferior, donde Jo Good ya estaba empezando a levantar el suelo, valiéndose de un taladro eléctrico y una barra de hierro.

—Esto será como quitarle un «candy» a un niño —dijo el flaco pistolero.

—No cantes victoria antes de tiempo, Jo. Aún no hemos llegado a la caja fuerte.

—Llegaremos. Y tú harás un agujero por el que pueda pasar yo... ¡Je, je, je! ¡Soy capaz de introducirme por el ojo de una cerradura!

Varias baldosas saltaron ante la presión de la palanca.

—¡No hagas tanto ruido! —exclamó Dirty Hands—. ¡Van a escucharte hasta en la estación de policía!

—¿Tienes miedo, Johnny? ¡Claro, tú posees un negocio! ¡Si te enchiqueran, perderás más que yo! De no haber sido por *Dandy*, hoy no tenía ni para comer.

—¡Bah, a nadie con oficio le falta el alimento!

—¡Las cosas andan mal, Johnny; en serio! —se lamentó Jo—. Hubiera aceptado hasta de segundo, robando carteras en los autobuses. Todos no tenemos tu suerte.

—¿Te quieres callar, condenado?

—Está bien... Por la noche, mientras Braggs trabaje, vigilaré a las mujeres. ¡Es preciosa la chica! Yo esperaba una solterona con verrugas en la cara...

—¡Guárdate muy bien de tocarla!

—¿A ti qué te importa?

—¡Somos ladrones, no indeseables, Jo! ¡Advertiré a *Dandy*!

—¡Me tiene sin cuidado! En mis horas libres hago lo que me da la gana... ¡Cuidado con el pico, gordo!

Habían levantado las baldosas de un metro cuadrado de piso. Ahora, procurando no hacer mucho ruido, empezaron a profundizar, rompiendo el cemento y encontrando la tierra parda y húmeda. Se relevaron con el pico y la pala y el agujero fue haciéndose más profundo.

Una hora después sonó el teléfono en el vestíbulo. Johnny consultó su reloj y dijo:

—Es la hora. *Dandy* es puntual como un jefe de estación.

Dejó Johnny su herramienta y salió del salón, yendo hasta el teléfono. En efecto, era *Dandy* Lawden.

—Todo bien, *Dandy*. ¿Hay algo?

—Nada. ¿Qué necesitáis?

—Que dejes de temer ser reconocido y vengas. Conviene terminar cuanto antes.

—¡Todo a su hora!

CAPÍTULO III

Mistress Fulton se había mostrado áspera con él la noche anterior. Le esperó hasta que abrió la puerta. Allí, junto a la escalera, en bata, con la cabeza envuelta en una red, ceñuda y agria, estaba ella.

—¡Ya es hora de que regrese el señor doctor! —exclamó la mujer con acento despectivo—. ¡Helo aquí, borracho como siempre; sin dinero, destrozado, sucio!

—Buenas noches, señora Fulton... Siento haberla causado...

—¡No lo sientas tanto! ¡Más lo siento yo! ¡Mary Boyden ha estado aquí, esperándote, hasta muy tarde!

Richard Hocke, pese al aturdimiento de su embotado cerebro, miró a su patrona, incrédulamente.

—¿Y quién diablos es Mary Boyden?

—¡La dueña de la carnicería de la esquina! ¡Sufre unos trastornos y le han dicho...!

—Buenas noches, señora Fulton.

—¡No, espera; escúchame! ¡Esa mujer ha venido a verte! —La señora Fulton agarró a Dick del brazo, reteniéndole cuando él pretendía subir la escalera—. El dinero de la señora Boyden es muy bueno. ¡Tienes que ir a verla! ¡Pagaré lo que yo le pi...!

—¡Suélteme! Buenas noches... No quiero ver a nadie.

Aún quedaba energía en Dick. Odiaba a la señora Fulton por su egoísmo y codicia. Todo empezó con ruegos, insinuaciones, súplicas. Pero ahora se había convertido en obligación. Y él no quería estas obligaciones.

Quizá la señora Fulton comprendió que se había excedido. Y Dick no parecía tan borracho como otras veces.

—Perdona, Richard. Estoy un poco nerviosa. La señora Boyden te necesita de verdad.

—¡Hay diez mil médicos en la ciudad! ¿Por qué he de ser yo el

que...?

—Mary está en un apuro —insistió *mistress* Fulton, subiendo detrás de Dick la escalera, hacia el primer piso—. Su marido se encuentra en Italia desde hace algún tiempo. Y ella... Bueno, ha salido con otro algunas veces. Ha quedado...

Dick se detuvo, volviéndose. Dirigió una incisiva mirada a la señora Fulton.

—Se trata de eso, ¿eh?

—¡No es nada del otro mundo! ¡Tú puedes hacerlo! ¡Pagaré muy bien!

—¡Váyase usted al diablo, señora Fulton! ¡Y llévase a la señora Boyden con usted!

Richard Hocke había llegado delante de su alcoba. Empujó la puerta, entró y cerró de un portazo. Afuera, rechinando los dientes, quedó la proxeneta, lívida de rabia.

El avanzó en la oscuridad y se dejó caer sobre el lecho, sin cuidarse de desvestirse. En condiciones normales, se habría dormido inmediatamente, abrumado por los efectos del alcohol. Aquella noche, sin embargo, el sueño no acudió a él y su mente empezó a plagarse de extraños fantasmas obsesionantes.

Se dijo que ni siquiera el licor lograba aturdirle ya. ¿Qué podía hacer? La señora Fulton le había enojado. Lo que le propuso era abominable, asqueroso, inicuo. Pero no podía culparla. Él le dio pie para ello. Era evidente que cobraba dinero de las consultas que él hacía. Por eso le atendía y le daba de comer, aunque él no pagaba ni un chelín desde hacía meses. Era como un acuerdo no establecido. Pero Dick empezaba a sentir asco de sí mismo, de todo cuanto le rodeaba, de ser un pelele al que todos miraban con desprecio.

«¡Fanny, Fanny! ¿Qué debo hacer? ¡Me estoy ahogando lentamente en este pantano emponzoñado! ¡Quiero huir y no puedo! ¡Por Dios, Fanny; ayúdame!».

Volvió a ver a Johnny Vigier y a sus tres compañeros, los conspiradores del mal, reunidos en torno a la mesa del bar. Estaban tramando algo. Todos eran tipos indeseables, como el mismo Johnny. Llevaban en el rostro la marca de largos años de presidio.

¿Y qué le importaba a él? Diariamente, en Londres se cometían innumerables delitos de todas clases. Se robaba, se mataba, se

estafaba. ¿No estaba él también cometiendo un grave delito? ¿No juró dedicar toda su vida a la medicina y cuidar a los enfermos y necesitados? ¿Qué estaba haciendo en aquella casa hedionda, donde se recibían visitas a altas horas de la noche? ¿No era aquello un burdel encubierto?

Al fin, el sueño le venció.

Cuando abrió los ojos, el sol inundaba la habitación. Había dejado la ventana abierta. Se encontró vestido, ladeado sobre el revuelto lecho. Sintió una sed terrible y se incorporó para alcanzar la botella que guardaba en la mesita de noche.

Pero no llegó a tomar la botella. Se vio en el espejo del armario. Vio sus ojos enrojecidos, su boca crispada, sus ropas sucias y arrugadas... ¡Y su barba descuidada!

Se quedó mirando a sí mismo un rato. En mi instante, toda su existencia desfiló por su mente. Pero ahora, pese a la apremiante necesidad de beber, a la inquietud y desasosiego propio de los alcohólicos, pensaba con claridad.

—¿Soy yo? —se preguntó.

Se levantó. No se había quitado ni los zapatos. Se acercó al espejo y se miró a los ojos, sacando la lengua. Instintivamente, dirigió una mirada hacia el cuarto de baño. También miró a la mesita de noche, donde estaba el *whisky*.

En el baño había un vaso y agua. El *whisky* y el agua entablaron una feroz lucha en la mente del hombre, pugnando ambos líquidos por atraer al infortunado.

Y, de súbito, Richard Hocke sintió la necesidad de hacer algo distinto a lo que había estado haciendo hasta entonces, desde que dejó el hospital, después de la muerte de su esposa. Sintió deseos de recapacitar, sin la influencia del alcohol.

Venció la atracción de la botella y se dirigió al cuarto de baño. Pero no entró para beber agua, sino para empezar a desvestirse y tomar una ducha, cosa que hizo casi con ansiedad.

Luego, se afeitó cuidadosamente y se peinó. Se vistió con un traje que la señora Fulton había colocado tiempo atrás en el armario, propiedad de alguien que se fue sin pagar de la pensión. Y hasta se puso camisa y corbata.

Al salir al pasillo, se encontró con una mujer, todavía joven, pintarrajeada y con el rímel corrido, que le miró con una

almibarada sonrisa.

—Buenos días, *Doc*. ¿Qué te ocurre? ¿Dónde vas tan arreglado? ¿Al oficio dominical? ¡Anda, ven a mi cuarto; echaremos un trago!

Sin responder, Dick se alejó por el pasillo y bajó rápidamente la escalera.

En aquel instante alguien llamaba al timbre de la entrada. Fue él quien abrió la puerta. Frente a él estaba Johnny *Dirty Hands* Vigier, con el rostro alterado, sucias las manos y los zapatos y visiblemente nervioso.

—¡A ti venía a verte! —exclamó abruptamente, al ver a Dick—. Me han dicho que te encontraría aquí.

Dick vio un coche en la esquina, con un hombre ocultando el rostro con la mano.

—¿Qué quieres, Johnny? ¿Ha ocurrido algo?

—¡Sí, un accidente... laboral! ¡Hay un compañero con el pecho aplastado bajo una viga de hierro! ¡Se está muriendo!

Richard Hocke sintió agitarse algo dentro de sí. Casi despertó totalmente el médico que había en él. Pero movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, Johnny. No puedo hacer nada. Es mejor que llames a urgencias. No tengo instrumen...

—¡Tienes que venir, *Doc*! —exclamó Johnny *Dirty Hands*, agarrando a Dick del brazo—. Escúchame. No podemos llamar a nadie. Estamos en un apuro muy grande. Si no vienes...

El acento de amenaza no pasó por alto para Dick. Johnny tenía la mano bajo la axila, empuñando algo. Y el hombre del coche también salía. El desertor de la medicina recordó haberle visto antes.

—¿Qué es exactamente lo que sucede, Johnny? —preguntó, bajando la voz.

—Ven y lo sabrás. Te facilitaremos lo que necesites... ¡Vamos de una vez!

Dick se vio arrastrado hacia la calle. La puerta de la casa de *mistress* Fulton quedó abierta a sus espaldas. Antes de subir al coche, cuya portezuela trasera había abierto *Dandy* Lawden, el médico se volvió una vez más a Johnny.

—¿Se trata de algo ilegal?

—¡Sí, condenación; sube de una vez!

Le empujaron. *Dandy* se situó rápidamente ante el volante y puso el coche en marcha. Entonces, Dick miró a Dirty Hands con ojos muy abiertos.

—No me gusta esto, Johnny. Había tomado una decisión seria. No pienso volver a beber.

—¡Eso está muy bien! —repuso agriamente el exconvicto—. Ya te lo he dicho muchas veces. Bebías demasiado y tú sabes lo que eso significa.

—Ni quiero volver a mezclarme con gente como... la señora Fulton.

Estuvo a punto de decir como Johnny *Dirty Hands* Vigier, pero se contuvo. Vio los ojos de *Dandy* mirándole por el espejo retrovisor. Creyó percibir miedo en aquella mirada suplicante.

—Estamos metidos en un negocio, *Doc*. Pero las cosas han salido mal. Archi Braggs, un amigo nuestro, está aprisionado en una galería subterránea. Echa sangre por la boca y no podemos sacarlo de allí.

—¿Qué...?

—¡No hagas más preguntas! —masculló *Dandy*, volviendo el rostro a medias—. Pronto lo verás.

Nada más entrar en la casa, Richard Hocke vio a May Warbott, cuyos enrojecidos ojos parecían los de una mujer al borde mismo del colapso. Estaba recostada contra la puerta del salón, con las manos a la espalda.

La joven miró a Dick y no despegó los labios. Johnny y *Dandy* casi empujaron al médico hacia donde se encontraba la joven.

—¡Sus gemidos me están volviendo loca! —exclamó May, mirando hacia el interior del salón.

Dick entró y quedó asombrado ante el enorme montón de tierra que cubría casi los muebles. Había un indescriptible desorden allí dentro.

—¿Dónde está Jo? —preguntó *Dandy*, mirando alrededor.

—Ha subido arriba... Está con mamá.

—¡Ese imbécil! —masculló Johnny.

—Entra en ese agujero, doctor —dijo *Dandy*—. Al fondo encontrarás a un hombre. Mira lo que se puede hacer... ¡Dile a Jo que venga!

Pero Jo Good bajaba en aquel momento. Presentaba un aspecto lastimoso, con las ropas sucias de tierra húmeda, manchado el rostro y el pelo.

—He tenido que atar a la vieja —dijo a *Dandy*—. No hacía más que gritar.

—¿Qué has hecho con mi madre, canalla? —preguntó May, revolviéndose como una tigresa.

Sólo Richard Hocke parecía conservar la calma, mirando a los protagonistas de aquel extraño drama.

—¡Calma, preciosa! —atajó Good—. No puedo estar en todas partes. Te dije que no te fueras, *Dandy*.

—Había que traer a éste, ¿no? ¡Vamos, doctor! ¿Qué estás esperando? —En la diestra de *Dandy* surgió un pavonado revólver de cañón corto—. Hay un hombre muriéndose ahí abajo.

Richard no se movió.

—Quiero que me expliquen lo que está sucediendo aquí.

—¿No lo comprendes, hijo? —masculló Johnny—. Queríamos llegar hasta la caja fuerte de la joyería situada en la casa de al lado. Hemos estado haciendo ese agujero desde ayer tarde. Y cuando ya llegábamos a nuestro objetivo, se hundió el techo, pillando a Braggs bajo una viga de hierro y un montón de tierra.

—Entonces, es mejor avisar a la policía —dijo Richard.

—¡Vaya solución! —exclamó Jo Good, torciendo el gesto.

—No —añadió *Dandy*—. Saca a Braggs de ese agujero, vivo o muerto. Hazlo ahora mismo, si sabes lo que te conviene.

Había un acento letal en aquellas palabras del jefe del grupo. Richard vio asomar la muerte a sus ojos.

—Es mejor que haga usted lo que le dicen —pidió May—. A mi madre y a mí nos tienen secuestradas, sin que podamos hacer nada... ¡Y son capaces de matarnos a todos!

—La muerte me tiene sin cuidado, amigo —repuso Richard, desdeñosamente—. ¿Qué queréis que haga dentro de ese agujero, sin nada para prestar los primeros auxilios?

—¡Queremos que veas a Braggs y nos digas lo que necesitas! —rezongó Johnny—. Nosotros iremos a buscarlo.

Un gemido angustioso surgió del agujero. Y la voz del herido llegó con claridad a oídos de Richard:

—¡Lawden, por el amor de Dios...! ¡No me dejéis aquí!

Richard ya no vaciló más. Por encima de todo, su conciencia profesional le hizo actuar. No importaba ya que el hombre herido fuera un ladrón, atrapado por su propia codicia.

—¿Hay luz ahí dentro? —preguntó, empezando a quitarse la chaqueta.

—Toma esta lámpara —le dijo Johnny, asiendo una linterna de bolsillo que yacía en el suelo, junto al agujero.

Richard saltó dentro del agujero, que tenía casi dos metros de profundidad. Vio el túnel, suficiente para permitir el paso de un hombre agazapado, oliendo a tierra húmeda, y avanzó iluminándose con la luz mortecina de la lámpara, cuyo cristal estaba sucio de tierra.

No tuvo que avanzar mucho. Primero tropezó con una espuerta de goma endurecida, medio llena de tierra. Luego vio un pico de acero y, más allá un amontonamiento de tierra, cruzado por una recia viga de hierro, bajo la cual distinguió parte del cuerpo de un hombre, cuyo rostro sucio y manchado de sangre no reconoció, a pesar de haberlo visto días atrás en la taberna de Johnny.

Allí había poco sitio para moverse. Evidentemente, los otros trataron de mover la viga, sin éxito. El desplome se había producido cuando trabajaban en una especie de chimenea, pillando debajo al sujeto que realizaba el trabajo en aquel momento.

—Me muero... —jadeó Braggs—. Por compasión..., ¡sacadme de aquí!

Richard alumbró al rostro de Archibald, le abrió los ojos y examinó sus pupilas. Supo inmediatamente que aquel hombre estaba reventado por dentro y nada se podía hacer por él. Había perdido mucha sangre y el derrame era interno.

No comprendió, sin embargo, cómo pudo resistir tanto. Porque el herido debía llevar allí más de una hora.

—Aguante usted un poco, amigo —dijo Richard—. Vuelvo enseguida.

—¿Quién es usted?

—Soy médico.

—¡Aaagh! ¡Ya es demasiado tard...!

El rostro manchado de Archibald *Braggs* Jones se crispó en una mueca de dolor. Un estertor agónico surgió de su garganta. Luego, las facciones se relajaron.

Richard comprendió que el infortunado acababa de morir. Le cerró los ojos y retrocedió despacio, hasta salir al agujero, en donde *Dandy* y *Johnny Dirty Hands* le ayudaron a salir.

—¿Qué? —preguntó *Dandy*, anhelante.

Richard sacudió la cabeza y repuso:

—Nada... Acaba de morir.

—¿Muerto? —exclamó *Johnny*, estremeciéndose.

—¡Vámonos! —declaró Jo Good—. ¡Es mejor dejarlo todo y salir corriendo!

—¡Quieto ahí! —masculló *Dandy*, amenazador—. ¡De aquí no saldrá nadie hasta que yo lo diga!

—¡Nos culparán de la muerte del pobre Braggs! —exclamó *Johnny*.

—Ha sido un accidente. Nada más —repuso *Dandy* Lawden, ceñudo—. Admito que todo nos está saliendo mal. Pero la caja está ahí, al alcance de nuestra mano. Sólo unos centímetros más, *Johnny*, y seremos los poseedores de la mejor colección de joyas que he visto jamás... Sí, lo siento por Archi. Si hubieras estado tú en su sitio, *Johnny*, ahora el muerto no sería él. Pero no vamos a desaprovechar ahora lo que tanto nos ha costado.

—Pero... ¡Archi está ahí! —Casi gritó Jo Good.

—Le sacaremos —respondió *Dandy*.

—¿Cómo?

—He deducido que la viga debía estar sosteniendo la caja fuerte —explicó *Dandy*—. Al excavar y perder el punto de apoyo, se vino abajo, pillando a Braggs. La caja está ahí. Sólo tenemos que quitar la tierra, la viga y el cuerpo de nuestro infortunado compañero. Una vez hecho, *Johnny* podrá entrar con el soplete. Afortunadamente, nos sobra tiempo. Nada se ha perdido aún.

—¿Y *Doc*? —preguntó *Johnny*.

—Se quedará como invitado nuestro... Y hasta podrá ayudar, dado que nos falta Braggs. Luego, podemos darle una parte o... ¡dejarle aquí, con las mujeres!

Richard Hocke, como May Warbott, creyó percibir una amenaza de muerte en las últimas palabras de *Dandy*. Le habían llamado para atender a un moribundo. Pero el infortunado había muerto; por tanto, sus servicios eran ya innecesarios.

¿Acaso se proponían matarle para cerrar su boca?

—¿Qué hacemos? —preguntó Jo Good.

Dandy pareció dudar un instante. Luego dijo:

—Vigila a éstos, Jo. Ven conmigo, Johnny. Entremos en el agujero. Lo siento por Braggs, pero por nada del mundo renunciaría ahora al negocio.

No sin mascullar algo entre dientes, Johnny *Dirty Hands* siguió a *Dandy* al interior del agujero, desapareciendo ambos en el túnel. Richard los oyó hablar durante un rato.

—¡Esto es intolerable! —exclamó May.

Jo Good había sacado una pistola automática y mantenía el dedo sobre el gatillo, mirando de reojo a la joven y más directamente a Richard.

—Te recuerdo, *Doc*. Hace unos días te vi en casa de Johnny.

Richard no contestó. No supo qué decir. Empero, dirigiéndose a May, observó:

—No crea usted que soy de esta partida, señorita. He venido por la fuerza.

—¿Los conoce?

—Sí, algo. Pero... me dijeron que había un hombre herido. Soy médico, aunque... Bueno, lo siento.

—No se preocupe. ¿Puedo subir con mi madre?

—No —repuso Jo—. Os quedaréis aquí. Tu madre está bien.

—¿Qué le ha hecho? ¡Está enferma y este trastorno la matará!

—¿Está enferma? Si me lo permite...

—¡No! —exclamó Jo Good—. ¡Quietos aquí!

CAPÍTULO IV

—¡Esto es una brutalidad innecesaria! —declaró Richard, procediendo a desatar la mordaza que cubría la boca de la desvanecida señora Warbott, mientras May, gritando, pretendía abofetear a *Dandy*.

—¡Son ustedes unos cobardes, canallas, miserables y..., y...!

—¡Quieta! —rugió Ernest *Dandy* Lawden, furioso—. ¡Yo no he ordenado esto a Jo! ¡Lo ha hecho por su cuenta!

—¡Mamá! ¡Mi pobre mamá!

Richard auscultó el pecho de la mujer y le tomó el pulso. Al incorporarse dijo:

—Está débil, pero no hay cuidado. Ha sufrido un colapso.

—Haz lo que puedas por ella, *Doc*. Si muriera, nos culparían a nosotros.

—¡Por supuesto! —declaró Richard, secamente—. Sería un asesinato.

—No lo hagas más dramático, hijo —repuso Lawden, secamente—. Admito que las cosas no han salido como estaban previstas. Ha habido un accidente y Braggs ha muerto. Lo siento. Pero no por eso vamos a renunciar a ese precioso botín.

—¡Eso es lo que usted quiere, bandido! —acusó May, secamente—. ¡Y no le importa la vida de los demás!

—Es mejor que te calles, muñeca —contestó *Dandy*, entre dientes—. Estoy algo nervioso por lo sucedido. No empeores las cosas. Mi paciencia también tiene un límite. ¿Crees que yo deseaba la muerte de mi compañero?

—Si en vez de ir a buscarme a mi dejan que intervenga la policía, posiblemente ese hombre no habría muerto —habló Richard, secamente—. Scotland Yard habría actuado más aprisa y con mejores medios. Ha sido una muerte inútil.

«Ustedes habrían podido huir y buscar joyas en otra parte.

Ahora...»

—¡Cállate! —rugió *Dandy*, dando unos pasos hacia adelante—. ¡Hemos hecho por él lo único que podíamos! ¡En este trabajo se aceptan riesgos! ¡Hay hombres que mueren en las minas, por ganar unas libras a la semana!

—Usted habla de hombres honrados, no de granujas.

Una mueca desfiguró las facciones de *Dandy*.

—Prefiero no discutir eso. Dejémoslo. Haga lo que pueda por esa mujer y termine de una vez. Voy a exigirle que nos ayude a sacar tierra del túnel.

—¡Ni lo sueñe, señor Lawden!

Dandy llevaba la pistola en la mano.

—¿Y si le mato?

Con una despectiva sonrisa, Richard replicó:

—¿Cree que me importa? ¡Bah, me conoce poco! Además, no tiene usted valor para matar a una mosca.

—¡No me pruebes, *Doc*! No sé qué ha visto Johnny en ti, pero yo no te hubiera traído.

—No he venido por mi gusto. Pero, de no haber sido por el infortunado de ahí abajo, ni todas las pistolas del mundo me habrían obligado a acompañarles.

Precisamente, acababa de tomar una decisión. —Richard no miraba a *Dandy*, sino a May, la cual le contemplaba con una expresión de mezcla de asombro y perplejidad—. He estado perdiendo penosamente el tiempo. He llegado a desear la muerte, buscándola del modo más absurdo y estúpido.

»Era un médico honrado y con ilusiones. Luché con ahínco por alcanzar una meta justa y honorable, a fin de situarme en la vida y crear una familia. Pero un trágico accidente me privó brutalmente de todo lo que amaba. No sé el tiempo que hace de ello. Ni sé muy bien lo que he estado haciendo todo este tiempo. Desde luego, sé que mi mente se oscureció; traté de hallar aturdimiento en la bebida; me he embrutecido y arrastrado, incapaz de reaccionar, cayendo cada vez más hondo, más en la locura y la aberración.

»Creo que conocía a estos hombres, frecuentando uno de esos bares malolientes próximos a los *docks*. Fue una de esas noches pasadas. Johnny es dueño del bar. Un granuja sin escrúpulos, capaz de apuñalar a su mejor amigo.

»Pero yo le atendí, en una ocasión, cuando se dislocó un brazo. No debí estar muy bebido en aquella ocasión.

O es que mis conocimientos médicos siguen predominando en mí.

»Eso es todo lo que me une a estos hombres. Posiblemente, cuando los vi reunidos, cuchicheando, fraguaban este robo. No hace muchos días.

»Y ahora me han buscado para que les ayude a salvar a su compañero, el mismo que ellos han matado por su ambición.

—Preciosa historia —se burló *Dandy*—. La señorita Warbott está conmovida.

—¡Qué cínico es usted!

—Puede ser —repuso *Dandy*—. Ahí le tiene. Un médico convertido en una ruina humana por causa de un accidente, en el perdió la vida su propia esposa. ¿Por qué no lo has dicho, *Doc*?

—¿Qué he de decir?

—Que tú la mataste, ¿no?

—¡No lo niego! ¡Yo la maté, pero involuntariamente! —exclamó Richard, haciendo un gesto como si fuera a saltar sobre el otro.

—¡Quieto, *Doc*; no quiero matarte! —amenazó *Dandy*—. De todas formas, no sé por qué estamos hablando de esto. Si nada puedes hacer por esa vieja, bajemos al salón.

—¡Yo no me moveré del lado de mi madre! —dijo May, resueltamente.

—Te diré lo mismo que te dije anoche, pequeña. Tu madre puede sufrir grave daño si te obstinas en crearnos dificultades. Su salud es delicada. No la empeores más. Dale lo que necesite y luego pórtate como una chica juiciosa. En cuanto terminemos, nos iremos y podrás llamar a la policía.

—¡Sé que piensan matarnos antes de irse! —acusó May.

—¿Por qué habíamos de hacer eso? —retrucó *Dandy* en un tono que hizo temer a Richard la verdad de las palabras de May.

—¿Por qué? ¡Para que no podamos acusarles! ¡Usted no quiere que nadie le reconozca! ¡Llegó aquí al amparo de la oscuridad, no como los otros!

Dandy esbozó una sonrisa.

—Has leído demasiadas novelas policíacas, pequeña. La realidad es muy distinta a lo que ocurre en las novelas. No es necesario

matar a nadie. Cuando salgamos de aquí todo está previsto para que no nos encuentren. Y no me importará que digáis mi nombre a la policía. Sé que no podrán encontrarme.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Richard.

—Yo, sí. Y dejémonos de charlas. Vamos abajo. Quiero ver lo que hacen Johnny y Good.

Johnny sudaba copiosamente dentro de la estrecha galería. Jo, detrás suyo, no representaba ninguna ayuda práctica. Él lo había hecho casi todo, con ayuda de la palanca de hierro y las cuñas que, poco a poco, fueron izando la viga, hasta que el cuerpo del infortunado Archibald Jones quedó libre.

Luego, le sacaron del agujero y le depositaron en un rincón, cubriéndolo con una cortina.

Johnny y *Dandy* habían examinado bien el fondo del túnel, hurgando en el techo y comprobando que, efectivamente, estaban debajo de la caja fuerte de la joyería. Descubrieron también, más por deducción que por otro motivo, que la caja había sido colocada sobre cuatro traviesas de hierro, una de las cuales, al faltarle el apoyo, debido al socavón, se hundió, aplastando a Braggs. Las otras tres, por suerte, continuaban en su sitio, sosteniendo la pesada caja.

Johnny desescombró la chimenea, trabajando afanosamente, hasta que, al fin, encontró la capa de cemento agrietada.

—¡Ya estamos, Jo! —exclamó, lleno de júbilo—. ¡Ve a traer el taladro!

Jo Good obedeció prontamente, dejando tras sí el, cable que alimentaba el circuito eléctrico de la máquina de perforar.

—¿Qué hora es? Mi reloj se ha parado.

—Cerca de las diez —dijo Good.

—Antes de una hora habremos terminado. Ve a buscar las botellas y los sopletes.

—¿Yo solo?

—Que te ayude *Dandy*.

—Está vigilando a tu amigo y a la chica.

La interjección de Johnny quedó ahogada por el ruido del taladro, al ponerse en marcha. Inmediatamente se paró.

—¡Pues yo tengo trabajo aquí! ¡Estoy sudando como un condenado! ¡Que te ayude *Doc*!

Jo Good retrocedió por el túnel y dijo:

—Creo que habéis traído un mal bicho. ¿Es el mismo que estaba la otra noche en tu bar?

—Sí... ¡Condenado cemento; está duro como el granito!

La máquina volvió a girar ruidosamente. Johnny apoyó su corpulencia contra el soporte y la herramienta de widia (carburo de tungsteno puro) horadó el cemento y la arenilla.

La escena estaba iluminada por dos lámparas que descansaban sobre la tierra del fondo. Johnny *Dirty Hands* conocía aquel oficio por haberlo practicado en su juventud, en las minas de Gales. De no haber sido despedido, por reñir con un compañero, posiblemente su existencia no habría tomado derroteros tan poco constructivos. En verdad, *Dirty Hands* era un hombre hecho para el trabajo.

Poco a poco, los ladrones se iban acercando a la caja fuerte de la joyería Klostern. Pero su objetivo ya les había costado una vida. ¿Merecía la pena?

Johnny *Dirty Hands* no quería pensar en Archibald Jones. Prefería aturdirse en el trabajo de perforación. De buena gana hubiera estrangulado a *Dandy*, que era el responsable de todo. No creía que, por muchas joyas que hubieran en el interior de la caja fuerte, compensara la trágica muerte de un amigo.

—¡Ya no tiene remedio, Johnny! —había dicho *Dandy* con expresión de circunstancias—. ¿Qué quieres que haga? Hemos cometido un error. ¿Vamos a renunciar a todo ahora, después del esfuerzo que hemos realizado?

Era una convincente razón. Y lo que Johnny deseaba era terminar pronto, tomar su puñado de piedras y transformarlas cuanto antes en dinero. No quería pensar en nada más... ¡En nada!

La herramienta de widia atravesó el cemento y llegó hasta el hierro de la caja. Al caer la primera viruta metálica, Johnny estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.

May sirvió café a Richard, diciendo:

—¿Lo quiere con leche o solo?

—Solo. Gracias —respondió él, asiendo la taza de porcelana. Miró a la joven y esbozó una sonrisa amable—. No pierda la serenidad, May.

En la puerta de la cocina, *Dandy* Lawden masticaba un bocadillo

con cierta elegancia.

—Piénsalo, *Doc* —dijo *Dandy*—. Podemos darte un buen puñado de libras. Si, como dices, deseas volver a practicar la medicina, ese dinero te vendrá bien para instalar un consultorio.

—¡Déjeme en paz, Lawden! —masculló Richard, furioso—. Me molesta oírle. ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Comprar mi conciencia? ¿Acallar mi voz?

—Soy una especie de filántropo, muchacho —añadió *Dandy*—. Al terminar este asunto, tomaré un avión para el extranjero. Me gusta vivir en buenos hoteles, vestir con elegancia y comer buenos platos. Todo eso cuesta dinero. Y el dinero es fácil de ganar. Está en todas partes, al alcance de la mano. Sólo hay que tomarlo.

—Sin esfuerzo —musitó May, intencionadamente.

—Pues sí, eso mismo —corroboró *Dandy*, seriamente—. Sin esfuerzo. Según mis cálculos, en la caja de ésa joyería hay más de un millón de libras. ¿Qué harías con una cantidad así, *Doc*?

—No soy ambicioso.

—¿No? Según Johnny, no tenías ni para pagarte una botella de ron.

Richard dejó la taza sobre la mesa y miró a May.

—Está tratando de ridiculizarme delante de usted, señorita Warbott.

—No le haga caso.

Dandy rió entre dientes.

—Resulta bastante divertido esto, después de todo —exclamó—. Eres viudo, *Doc*. Y la señorita Warbott es soltera. No sería nada insólito que surgiera de aquí un romance.

May enrojeció y bajó la vista.

—¿No tiene otra cosa en qué divertirse? —preguntó Richard—. De buena gana le rompería la nariz. Es usted muy valiente, teniendo una pistola en la mano.

—Tengo cincuenta y dos años, *Doc*. No soy joven ni atleta. Pero te aconsejo que no lo intentes. Permanecerás quieto aquí hasta que hayamos terminado. Luego...

—Avisaré a la policía.

Dandy se rascó el mentón.

—Antes de salir de esta casa os ataremos convenientemente —dijo—. Necesitamos cierto tiempo para ponernos a salvo y burlar la

vigilancia de la policía. Sinceramente, no me gusta matar a nadie. Pero...

—Pero ¿qué? —inquirió Richard, ante la dilación del otro—. ¿Hay alguna dificultad?

—Sí. Jo ha propuesto mataros.

—¿Matarnos para que no podamos denunciarles?

—Exactamente. Confieso que no me agrada la idea. Sin embargo, las cosas se han complicado un poco con el fallecimiento de Archi. Es por eso que pedía tu colaboración, *Doc*. Si nos ayudas, puedes venirte con nosotros al extranjero.

May asió instintivamente el brazo de Richard, mirándole anhelante.

—¡No se atreverán a matarnos!

—Yo, por supuesto, no —confesó *Dandy*—. A menos que traten de atacarme. Disparar un tiro puede atraer la atención de la gente que pasa por la calle. No es bueno matar. Pero Jo Good disfruta haciendo daño.

»Y, por otra parte, *Doc*, no se presentan muchas ocasiones como ésta de obtener un buen puñado de billetes. Se puede decir que estás de suerte.

—No me interesa —replicó Richard—. He decidido empezar de nuevo. Hoy mismo, si no llega a ser por vosotros, habría ido al hospital. Allí tengo amigos que me habrían echado una mano.

—¡Lástima! Pero no importa. Haremos el trabajo de todos modos, aunque tardemos un poco...

El timbre de la puerta de la calle interrumpió a *Dandy*, quien dio un respingo, porque no esperaba ningún tipo de visitas.

—¡Cuidado! —exclamó, sacando rápidamente su arma del bolsillo—. Ve a ver quién es.

—Será la policía —bromeó Richard, divertido.

—¿Esperabais a alguien? —preguntó *Dandy*.

May denegó con la cabeza.

—¡Vamos, salid de aquí!

Richard y May pasaron delante de *Dandy*, camino del vestíbulo.

Jo Good también había escuchado el timbre y abandonó el salón, pistola en mano, yendo hacía *Dandy* con interrogante expresión.

—¡Vigila a *Doc*! —siseó *Dandy*—. ¡Vuelve al salón y cierra la

puerta! ¡Lo has puesto todo perdido de tierra!

Richard no esperó que le ordenaran acompañar a Jo. Fue hacia donde había dispuesto *Dandy*, mientras que May se quedaba indecisa.

—Ve y pregunta quién es —dijo *Dandy*—. Pero no abras.

La joven obedeció, acercándose a la puerta de la calle, donde en aquel instante volvía a sonar el timbre, con mayor insistencia.

May se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—Un recado para la señorita Warbott —dijo una voz al otro lado de la puerta.

May miró a *Dandy*.

—Pregúntele qué clase de recado —siseó el otro.

La joven obedeció. Y desde afuera, con impaciencia, respondieron:

—Soy del Servicio Dominical de Repartos. Sólo quiero entregar un sobre. Si no puede abrir, lo echaré por debajo de la puerta.

—Sí, hágalo. No estoy visible.

—Está bien.

Un sobre blanco se deslizó por el quicio de la puerta. *Dandy* lo tomó, apartando a May con delicadeza.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Posiblemente, un recado de mi jefe —replicó May—. Démelo.

Dandy, sin hacer caso, rasgó el sobre y extrajo una hoja de papel, donde leyó, escrito a mano: «Es conveniente que venga usted a la oficina mañana. Patrick».

Dandy sonrió y entregó el papel a May.

—Es de Patrick —dijo—. ¡Vaya susto nos ha dado! ¿Quién es Patrick?

—Mi jefe. He faltado unos días al trabajo, por causa de mi madre. Parece ser que me necesitan.

Dandy hizo una mueca y dijo:

—Mañana estará usted libre. Venga. Vamos a ver cómo va el trabajo.

—Debo subir con mi madre... Estoy muy preocupada por ella.

—Lo siento. No puedo distraer más tiempo. A su madre no le ocurre nada. Venga.

May hubo de penetrar en el salón, cuyo aspecto la deprimía

tanto o más que la presencia de los ladrones. El montón de tierra que durante la noche habían ido acumulando allí alcanzaba más de dos metros de altura.

Richard Hocke se había sentado en una butaca. Jo Good estaba junto al agujero, dentro del cual hablaba Johnny *Dirty Hands*:

—Alguien tiene que echarme una mano... ¡Estoy haciendo todo el trabajo yo solo!

—Ahí está *Dandy*. Pero sabes muy bien que yo poco puedo hacer. Era el pobre Braggs quién debía ayudarte.

Johnny asomó la cabeza.

—¡Eh, Ernest! ¡Tú o Jo tenéis que ayudarme!

—Lo hará *Doc* —dijo *Dandy*.

—¡No, conmigo no contéis! —exclamó Richard.

—Elige, *Doc* —musitó *Dandy*, secamente, apuntando a Richard con su revólver—. O trabajas con Johnny o te vuelo los sesos.

Richard se mordió los labios. La frialdad del jefe era altamente amenazadora.

—Está bien, pero...

Richard hizo ver que se dirigía hacia el agujero. Pero al pasar frente a *Dandy*, se movió con rapidez, apartando el arma de éste y lanzando el puño con violencia hacia su mentón. *Dandy* salió despedido contra el montón de tierra, donde cayó.

En aquel mismo instante, Jo Good efectuó un disparo, dirigido a Richard...

CAPÍTULO V

La bala sólo rozó el cuello de Richard, porque se encogió instintivamente, en el instante mismo de efectuar Jo Good el disparo, pero le trazó un surco sangriento, cuyo aspecto hizo gritar a May.

—¡No dispaes, estúpido! —exclamó *Dandy*.

Johnny *Dirty Hands* ya salía atropelladamente del agujero, con ánimos, posiblemente, de buscar la huida. *Dandy*, reaccionando, se levantó y dominó la situación.

—¡Quietos! ¡Ocúpate de *Doc*, Johnny; rómpele el cuello si es preciso, pero nada de tiros! Voy a ver si han oído el disparo de ese imbécil.

Dandy salió, yendo hasta una de las ventanas que daban a la calle, desde donde atisbo, por si el disparo había llamado la atención. Después de mirar durante un rato, sin captar nada, regresó al lugar donde estaban los otros.

—Creo que nadie ha oído nada.

—¿Y si lo han oído y han avisado a la policía? —preguntó Johnny.

—No lo creo. A un lado está la joyería, y no hay nadie en ella. Al otro lado, con la casa por medio, está el garaje. Y no debe haber mucha gente a esta hora, posiblemente nadie. ¿Cómo está *Doc*?

El aludido miró con odio al jefe.

—Todavía vivo.

—Pues vas a trabajar, quieras o no. Llévatelo, Johnny.

—Creo que no actuamos bien, *Dandy*. Más que una ayuda será un estorbo.

—Si no trabaja, Jo se cuidará de él... ¡Andando! ¡Entrad los tres en el agujero! ¡Hay que concluir cuanto antes!

—Podéis matarme, pero no ayudaré.

La pesada mano, de Johnny agarró a Richard de la pechera.

—Escucha, *Doc*. Yo no tengo la culpa de lo ocurrido. Te fui a buscar porque Archi necesitaba ayuda. Si ha muerto, lo siento por él. Pero estoy metido en dificultades y alguien tiene que echarme una mano. Jo es un esmirriado «gatillero». El *Dandy* tiene miedo de estropearse los zapatos en el agujero. De modo que sólo quedas tú... Eso del cuello no es nada. Ponte un tafetán y andando.

—No —se obstinó Richard.

—Te aprecio demasiado, *Doc*. Pero no tengo inconveniente en romperte el físico si me irritas... ¡Eh, tú, pequeña; pon un esparadrapo al cuello del *Doc*; está sangrando!

May, seguida de Jo, quien obedeció una seña de *Dandy*, fue a la cocina, no tardando en regresar con una caja de madera, en donde habían algunos artículos sanitarios.

Una gasa, algodón y cinta adhesiva remedió a Richard, cuyos ojos despedían llamas de furia, obstinado como estaba en no prestar su ayuda.

Sin embargo, Jo Good le obligó a decidirse, aplicándole el cañón de su arma a la sien.

—Obedeces o disparo, *Doc*. Los estampidos no se oyen en el exterior.

—¡Maldito...!

—Es mejor que les obedezca —medió May, tratando de salvar la vida de Richard—. Nadie le puede culpar por esto.

Al fin, Richard cedió, yendo hacia el agujero y saltando dentro. Johnny tomó las botellas de oxiacetileno, las gomas y los sopletes y le siguió.

—Vamos, Jo; haz algo. Dame esas cosas... Los anteojos, los guantes.

Dentro del estrecho túnel, Richard ayudó a Johnny a llevar las herramientas.

—Has hecho bien en ayudar, *Doc* —dijo Johnny, en voz baja—. Te diré algo importante. Voy a salvarte la vida, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—*Dandy* quiere que Jo mate a las dos mujeres, una vez hayamos terminado. Así se habló, aunque yo me opuse. No quieren dejar testigos, ¿entiendes? Eso nos dará tiempo para hacer bien las cosas.

»El no quería traerte. No se fía de ti. Y seguramente piensa hacer

contigo lo mismo que con las dos hembras. Si te portas bien, yo te defenderé. Estoy armado, *Doc*. Una vez tengamos las piedras, me dejaré quitar el arma, ¿comprendes? Ninguno de ellos se atreverá a entrar a por ti. Tendrán que huir.

Dentro del angosto túnel, los siseos de Johnny sonaban siniestros en vez de tranquilizadores. Richard, empero, agradeció las palabras del otro con una sonrisa.

—La verdad es que me importa poco lo que me ocurra, Johnny. Es que no quiero doblegarme ante esos canallas. ¿Por qué te has unido a ellos?

—Hay que vivir. El bar es una tapadera. Y este golpe es un buen asunto. Ahí dentro hay piedras que valen una fortuna...

Habían llegado al fondo, bajo el desconchado del cemento, donde se veía el hierro oxidado del fondo de la caja acorazada. La luz de las lámparas incidía sobre el objetivo a perforar.

Dejaron las botellas en el suelo y Johnny procedió a preparar el soplete. Jo Good avanzaba ahora hacia ellos, llevando las gafas, los guantes de cuero y una caja con sopletes de repuesto.

No se acercó a Richard, sino que se detuvo a prudente distancia.

—Aquí está esto. ¿Qué debo hacer? No hay sitio para todos.

—Es preciso apuntalar en ese rincón. Jo. Pon lo que sea preciso para que aguante algo el peso. Voy a ponerme debajo de la caja y no quisiera sufrir la suerte de Archi.

—¿Qué pongo?

—¡Trae las baldosas, algún hierro, lo que sea! ¿No has visto cómo se sujetan las estibas en las minas? Echale una mano, *Doc*.

—De buena gana lo haría —masculló Richard—. ¡Al cuello!

—¡Aquí dentro no tengo inconveniente en meterte todo el cargador en el cuerpo! —amenazó Good.

—¡Basta ya! Voy a empezar a fundir el hierro. Pronto empezarán a caer diamantes... ¡Vamos, trae eso!

Jo Good hubo de rozar a Richard. No había espacio para moverse en el túnel, a pesar de que había sido ensanchado para sacar el cuerpo de Braggs.

Richard, empero, no hizo nada. Jo se retiró rápidamente, retrocediendo, para ir en busca de las baldosas.

—¿Y si la caja fuerte estuviera conectada, por medio de algún dispositivo de alarma, a la estación de policía? —preguntó Richard.

Johnny hizo una mueca festiva.

—¿Por qué crees que hemos realizado todo este trabajo? No hay alarmas bajo este armatoste. Lo único que podemos encontrar es una pared intermedia de ladrillos refractarios. Pero yo la salvaré, aunque me dé más trabajo. Conozco mi oficio... Retírate un poco. Voy a encender la boquilla.

Utilizando un mechero, Johnny hizo brotar una larga llama de la punta del soplete. Reguló la presión hasta conseguir el punto azul de la lengua de fuego y después acercó la llama al hierro, calándose las gafas al mismo tiempo.

El metal fundido pronto empezó a caer ante Johnny, quien se veía obligado a adoptar una postura incómoda.

—¡Retira esas gomas, *Doc*! —ordenó el ladrón, viendo caer el hierro fundido sobre la conducción de oxiacetileno.

Richard obedeció prontamente.

Secándose el sudor de la frente, Dirty Hands masculló:

—¡Lo que me temía! ¡Hay una capa refractaria que me obstaculiza la llama! ¡Descuartizado me vea, vivo y rabiando! ¿Por qué me habré metido yo en este cochino asunto?

—¿Te impide alguien dejarlo, Johnny? —preguntó Richard, que estaba sentado a pocos metros, con un cigarrillo en los labios, dentro del túnel.

—¡Sí! ¡Jamás se me ha resistido una caja fuerte! —barbotó Dirty Hands—. Yo fui mecánico en una mina de carbón, en Gales, *Doc*. Ni los pozos ni el acero se me resisten. ¡Y esta endemoniada caja tampoco lo hará!

Volvió Johnny a encender el soplete, acercó la llama al hierro, todavía enrojecido, y siguió arrancando partículas incandescentes al metal.

El ruido del soplete, rugiendo, apagó un grito que llegó a través del pasadizo. Johnny no lo escuchó, pero sí Richard, que volvió súbitamente el rostro.

—¡Inmundo y asqueroso puerco! —exclamó el joven doctor, incorporándose y alejándose rápidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Johnny, al verle alejarse.

Richard no replicó. Oyó un nuevo grito de May, seguido de la amenazadora voz de Jo Good.

—¿Te estás quieta o...?

Richard salió del agujero a tiempo de ver al esmirriado y morbosos Jo Good agitándose encima de May, la cual había caído sobre el montón de tierra que invadía el salón.

—¡Suéltala, bastardo! —rugió Richard, trepando por las paredes del agujero.

Jo Good se volvió raudo, alterado el semblante. En aquel instante, May le empujó, sacándoselo de encima violentamente.

Richard saltó sobre el malhechor, cuando éste se incorporaba, sacando del cinto la automática. El encuentro de los dos hombres fue rudo. Ambos rodaron por el terroso suelo, aunque Jo no llegó a disparar el arma, porque Richard le sujetó la mano, volviéndosela hacia el vientre. Caso de haber disparado, Jo se habría herido a sí mismo.

Por su parte, May se levantó y corrió hacia la puerta del vestíbulo, con intención de alcanzar la calle y salir al exterior a pedir socorro. Más no logró su objetivo. *Dandy* bajaba en aquel instante las escaleras, procedente de la alcoba de la señora Warbott. Los gritos de la muchacha, en su pugna con Jo, le hicieron acudir precipitadamente.

—¡Quieta ahí! —exclamó Ernest Lawden, lanzándose hacia la joven y agarrándola de la cintura.

Pese al nervio de la muchacha, *Dandy* la dominó fácilmente, aunque hubo de golpearla en plena boca para que cesara de gritar. Luego, al aflojar ella su resistencia, la condujo hacia el salón, en donde Richard estaba dando una soberana paliza a Jo.

—¡Basta! —Ladró *Dandy*—. ¡Basta he dicho!

El médico pudo haber suspendido la pelea. Le era fácil dominar a su oponente. Pero estaba seguro de que el otro le hubiera pegado un tiro si le suelta. Por esto, aprovechando una fortuita posición, distendió la rodilla y la proyectó con vigor contra el mentón de Jo, el cual quedó como desmadejado sobre el montón de tierra.

Richard se incorporó entonces, jadeando, arreglándose el cabello y mirando con ojos encendidos a su caída víctima.

—No debió meterse con... ella —jadeó.

—¡De buena gana te metía un plomo en el pecho, *Doc*! —masculó *Dandy*, asiendo con fuerza el brazo de May—. ¡Ya está bien de tonterías! ¡Vuelve con Johnny!

Johnny asomaba en aquel momento por el agujero. Se había retrasado por tener que apagar el soplete.

—Bueno, ¿qué pasa aquí?

—¡No tenía derecho a tocarme! —gritó May—. ¡Es un sucio grosero!

Señalaba a Jo, que yacía inconsciente en tierra.

—No tengo más remedio que hacer contigo lo mismo que con tu madre —declaró *Dandy*—. Trae unos alambres, Johnny. La ataremos.

Johnny *Dirty Hands* salió furioso del agujero y removió en el cajón de las herramientas, de donde sacó un rollo de fino alambre. No le costó mucho aprisionar las manos de May, sujetándoselas a la espalda con los alambres. Y como la joven se resistiera, *Dandy* utilizó dos tiras de cinta adhesiva para taparle la boca. Luego, la sentaron en una butaca, amarrándole también las piernas.

—Esto es lo que debimos hacer al principio —murmuró Johnny.

—¿Y si alguien llama?

—Pues no abrimos y asunto concluido. La verdad es que no puedo trabajar de este modo, *Dandy*. Y para colmo hay una capa refractaria que me dificulta la tarea.

—Ya contamos con ello —apuntó *Dandy*.

—Sí, sí... Pero hubiera preferido plancha de pulgada en vez de esos ladrillos a los que el fuego no hace nada.

—¿Usamos la dinamita? —preguntó *Dandy*.

—¡No! ¿Estás loco? ¡Puede desplomarse todo y no llegaríamos a la caja ni en una semana! Hay que continuar con el soplete. Si descubro los ladrillos, los romperé... ¡Vamos al agujero, *Doc*!

Richard se había cruzado de brazos y miraba a sus captores con ojos penetrantes y retadores.

—No —dijo—. Me niego a seguir ayudando.

—¿Te niegas? —preguntó *Dandy*, incisivo.

—Sí, me niego. Podéis matarme. Pero no os prestaré mi concurso.

—No queremos hacerte daño, *Doc*. Ahora estás en el juego. Es mejor que obedezcas.

—No, Johnny. No soy un ladrón como vosotros. —Había una inquebrantable firmeza en las palabras del hombre que empezaba a encontrarse de nuevo a sí mismo—. Trataré de impedir que

continuéis con esta insensata locura... ¡Y no me importa recibir un balazo, os lo aseguro! ¡Casi me haréis un favor pegándome un tiro!

—¿Estás loco, *Doc*?

—¿Le necesitas, Johnny? —quiso saber *Dandy*.

—Alguien tiene que ayudarme ahí adentro. Y mira a tu amigo Jo...

Dandy se aproximó a May, la apuntó con su revólver a la cabeza y, volviéndose a Richard, le dijo:

—Quiero que ayudes a Johnny. Si no lo haces..., ¡vuelo los sesos a esta chica!

—¿Por qué a ella? —increpó Richard, sintiendo hervir la sangre dentro de su cuerpo.

—Porque sí. ¿No es una buena razón? Primero a ella y después a ti. ¿Qué, te decides?

May agitó desesperadamente la cabeza, sin apartar su suplicante mirada de Richard, quien vio asomar el miedo a sus ojos.

—Está bien. Déjenla en paz... ¡Vamos, Johnny!

De nuevo Richard saltó dentro del pozo y avanzó por la galería, seguido de *Dirty Hands*, quien observó:

—Estamos teniendo muchas dificultades en este asqueroso asunto. No me gusta cómo actúa *Dandy*.

—¡Acabaréis todos en la horca!

Johnny *Dirty Hands* Vigier no contestó. Al llegar al fondo de la galería examinó el interrumpido trabajo y tentó una de las vigas de hierro que sostenían la caja.

—Si se hunde esto..., ¡adiós! ¡Ese imbécil de Jo debía haber colocado aquí un soporte! ¡Hazlo tú, *Doc*! Trae piedras y palancas. El peso de la caja se apoya en este terreno socavado y en la viga. Pero ignoro hasta dónde llega ésta... ¡Date prisa! No puedo seguir trabajando aquí y pensando en lo que le ha ocurrido a Braggs.

—Está bien, Johnny —refunfuñó Richard.

Regresó al salón, donde *Dandy* trataba de reanimar a Jo. Al oírle, se volvió, empuñando su arma.

—¿Qué pasa ahora? —masculló *Dandy*.

—Johnny quiere que yo haga el trabajo de ése. Debo llevar algo para sostener la viga... Piedras, las palancas, el pico.

—Pues tómallo y lárgate.

Richard obedeció, arrojando dentro del pozo todo lo que pudiera

servirle, para luego regresar donde trabajaba Johnny con el soplete.

Procurando no obstaculizar la labor del «metalúrgico», Richard actuó con habilidad, haciendo un soporte bastante aceptable con las losas de piedra y las herramientas que se había proporcionado. Apenas había concluido, y mientras Johnny farfullaba contra la dificultad que le ofrecían los ladrillos refractarios, cuando llegó hasta ellos la voz apremiante de *Dandy*, desde la entrada del túnel:

—¡Eh, *Doc*, ven acá! ¡Pronto!

Richard se volvió, alarmado.

—Algo ocurre... Seguramente será Jo. Es un tipo débil y le pegué fuerte.

—Ve a ver qué quiere *Dandy*.

No se trataba de Jo, quien se encontraba ya de pie y miró a Richard con expresión asesina. *Dandy*, junto al pozo, ayudó a *Doc* a salir.

—Ven conmigo.

—¿Qué pasa?

—¡Ven y no preguntes!

Dandy acompañó a Richard fuera del salón, llevándole hacia la escalera del primer piso. Antes de salir, Richard había mirado a May, en cuyos ojos, muy abierto e interrogadores, creyó ver un indicio de temor.

—Bueno, ¿a qué viene esto?

—Es la señora Warbott —dijo *Dandy*—. Creo que...

Richard se apresuró a subir la escalera. Corrió hacia la alcoba de la anciana, pero al llegar junto al lecho tuvo un sobresalto. La mujer yacía de costado, destapada, amarradas las manos y los pies, y no se movía.

—La he encontrado así hace un instante —dijo *Dandy*.

—¡Esto es una crueldad innecesaria! —masculló Richard—. No había necesidad de tratarla así. Padece insuficiencia cardíaca.

Fue al tocarla, para volverla a colocar en mejor postura, cuando Richard se dio cuenta de la expresión de la mujer. No tuvo siquiera que auscultarla ni tomarle el pulso.

¡La señora Warbott estaba muerta!

—¿Qué? —apremió *Dandy*.

Richard se volvió lentamente hacia él, enderezándose.

—No hay nada que hacer, señor Lawden... ¡Ante la ley, es usted

un asesino!

—¿Qué?

—Esta mujer ha muerto.

Dandy masculló una interjección obscena. Por vez primera, el miedo asomó a sus facciones.

—¡Yo no la he matado! —exclamó—. ¡Estaba enferma! ¡Ella se ha muerto!

—¡Debió usted suponerlo! A su edad y con su estado de salud, esta impresión le sería fatal. Es la angustia la que ha acabado con ella. Se ha visto sola, maniatada, indefensa, y temiendo por la vida de su hija.

—Yo no pude suponer...

—¡Aténgase a las consecuencias, Lawden; una cosa es efectuar un robo y otra muy distinta que, por su culpa, hayan muerto dos personas!

—¡Cállate, maldito! —rugió *Dandy*, sin dejar de mirar al cuerpo yacente de la señora Warbott—. No somos asesinos... Esto ha sido un accidente.

—¡La justicia lo considerará homicidio o asesinato! ¡Es mejor que lo dejen todo y salgan corriendo cuanto antes!

Dandy no respondió. Parecía muy preocupado. Luego, apartando a Richard, se afanó en desatar los miembros de la difunta.

—Las cuerdas han provocado el colapso, Lawden —señaló Richard—. Defectuosa circulación sanguínea. Las causas directas del óbito. Pero quedarán huellas lívidas en el cuerpo.

—¿Te quieres callar, condenado? —rugió *Dandy*, volviéndose como una pantera furiosa—. ¡Quiero las joyas, ahora más que nunca! ¡He recibido cierta cantidad a cuenta! ¡Si no las llevo al «perista» mañana mismo, no sólo me buscará Scotland Yard, sino los agentes de la «financiera»! ¿No sabes cómo va esto, *Doc*? Es muy simple. Yo busco el «negocio» y lo propongo a un importante grupo económico. Mi proposición es aceptada o rechazada, según los técnicos, que se informan debidamente. Si lo encuentran todo conforme, me dan el visto bueno y los medios para realizarlo. Yo debo buscar a la gente, adquirir el material, actuar según las órdenes, y luego entregar el género, por todo lo cual recibo la segunda entrega.

—Ignoraba que el robo estuviera tan bien organizado en Inglaterra.

—¡Y en todas partes! ¡No soy un ratero vulgar! —declaró *Dandy*, altivamente—. Son muchos años de profesión... ¡Pero jamás me había encontrado con tantas dificultades como ahora! ¡Esto es como para volverse loco!

«Primero, Braggs; ahora, esta mujer. ¿Qué puedo hacer? Si renuncio, será mi cabeza la que caerá».

—Renuncie, Lawden —insistió Richard—. Aún está a tiempo. Entréguese a la policía. Yo declararé a su favor. Diré que esta mujer ha muerto por insuficiencia cardíaca.

—¡No! Eso no cambiaría nada. Mi única solución está en obtener las joyas y huir al extranjero... ¡Y eso haré aunque tenga que librarme también de ti y de la muchacha!

—¿Es que no era ésa su intención, Lawden?

—No... ¡Déjame en paz! ¡Vamos abajo! ¡Hay que terminar cuanto antes este asunto!

Richard se dejó conminar por la pistola y se dirigió a la puerta. No quiso oponer resistencia. Sabía que *Dandy* estaba muy excitado y era capaz de matarle.

Pero al bajar la escalera pensó en May.

«¡Pobre chica! —se dijo—. Esto será un duro golpe para ella».

CAPÍTULO VI

Richard Hocke yacía boca arriba, dentro del estrecho túnel, cerca de donde Johnny *Dirty Hands* trabajaba con el soplete, tratando de alcanzar el interior de la caja acorazada de la joyería Klosteren.

Johnny se detuvo y apagó el soplete, el cual arrojó furiosamente al suelo. Sacó un pañuelo sucio y, mientras se secaba el sudor del rostro, dijo:

—Te juro que me iría, si pudiera, *Doc*.

—¿Quién te lo impide?

—*Dandy*. Está metido hasta el cuello con los secuaces de Frank Giampino.

—¿Quién?

—¡Un condenado renegado que llegó a Londres expulsado de Estados Unidos! ¡Es una rata sabihonda y asquerosa, vinculado con la Mafia! Es él quien ha adelantado dinero a *Dandy* para realizar este «golpe».

»*Dandy* llegó a Europa hace poco tiempo, con más deudas que un jugador. El único medio para salir adelante fue proponer un negocio a Giampino. Y nos enredó a todos.

—Te «enredó», como dices, porque quisiste, Johnny. No tenías necesidad de meterte en esto.

—¿Y tú qué sabes? ¿Crees que mi negocio va bien? ¡Nada de eso! Sólo lo parece. Tengo muchos gastos. No mantengo una mujer, sino dos... ¡Y pago las facturas de una niña que tengo internada; facturas y ropas! No, no es fácil vivir.

—Si te agarran y te meten en la cárcel, será peor —observó Richard, empezando a incorporarse.

—¿Por qué me han de agarrar?

—La policía no recibe su sueldo sólo por exhibir el uniforme.

—¡Bah!

—Os cargarán la muerte de la señora Warbott.

—¡No, aberración! ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Ha muerto por vuestra culpa.

—¡...! —La palabrota de Dirty Hands pareció deslizarse por las paredes del túnel—. ¡Ha sido un cochino accidente, como le ha ocurrido al pobre Archi!

—La ley no piensa como tú.

—¿Lo sabe la chica?

—¿Qué? ¿Lo de la ley?

—¡No te hagas el tonto, *Doc*! —refunfuñó Johnny—. Me refiero a lo de su madre.

—No sé si *Dandy* se lo habrá dicho. Parece que hay mucho silencio allá afuera.

Después de hacer una breve pausa, Johnny volvió a tomar el soplete, murmurando:

—Será mejor acabar cuanto antes. Ya falta poco para arrancar los ladrillos.

Reanudó Johnny el trabajo.

Richard encendió un cigarrillo y estuvo tentado de salir y ver lo que ocurría en el salón. Pero, a pesar de anhelar ver de nuevo a May, temía enfrentarse a ella, por si ignoraba lo ocurrido con su madre.

«Esa pobre chica está tan sola como yo —se dijo—. ¿Qué hará ahora? Seguirá trabajando, sin duda. Es la clásica muchacha honesta que ha sacrificado su existencia por atender a su madre. ¿Qué te hace pensar en ella, Dick? ¿Te recuerda a Fanny, eh? En realidad, tú necesitas una mujer así. Alguien que te aliente, que te espere y apoye... ¡Oh, Fanny; te soy infiel de pensamiento! La verdad es que me da pena esa pobre chica. No se merece esto. Y si todo terminase aquí. Pero...»

—¡Eh, Johnny! —Se oyó la voz de Jo, al extremo del túnel.

—Johnny, te llama tu cómplice.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo va eso? Son las ocho.

Johnny apagó de nuevo el soplete y pasó, en cuclillas, junto a Richard. Durante todo el trayecto, hasta la salida del agujero, no hizo más que refunfuñar:

—¿Y qué quieres que te diga? Yo no esperaba encontrar esa dificultad. Pero, si todo va bien, terminaré dentro de dos horas.

—¿Tendrás bastante gas? —preguntó *Dandy*.

—Sí.

—Bueno, sigue.

—¿Qué te parece? —masculló Johnny—. «¿Cómo va eso?». ¡Ni siquiera es capaz de entrar a verlo! ¡Se merece que todo salga mal! Lo menos que podía hacer era entrar a ver cómo trabajo, hacer algo. Si él y Jo hubieran arrimado el hombro, Braggs no habría muerto.

—Yo lo dejaría —dijo Richard.

Johnny no contestó. Pero, a los pocos minutos, tomó de nuevo el soplete, lo volvió a encender y continuó su trabajo, mascullando, de vez en cuando, palabras ininteligibles.

A las nueve de la noche, inesperadamente, sonó el timbre de la puerta de la calle.

Tanto *Dandy* como Jo Good tuvieron un sobresalto, volviendo vivamente el rostro, sin saber qué hacer, mirándose y mirando también a May, la cual continuaba atada y amordazada. La muchacha había abierto desmesuradamente los ojos, como preguntando: «¿Y qué haréis ahora, condenados?».

Ésta fue, efectivamente, la pregunta del trémulo Jo:

—¿Qué hacemos?

—¿Quién puede ser a estas horas? —retrucó *Dandy*, acercándose elásticamente a May.

Ella sacudió la cabeza, gimiendo.

—¿Esperabas a alguien?

May negó con la cabeza.

—Voy a soltarte. Saldrás y preguntarás quién es...

El timbre volvió a sonar con más insistencia.

—¡La policía! —exclamó Jo, asustado, mirando alrededor, como buscando un sitio para escapar.

—¿Por qué ha de ser la policía, estúpido? ¡No hay que perder la calma! Tenemos rehenes.

Dandy quitó los alambres de las piernas de May para luego desatarle, no sin precauciones, la mordaza.

—Si gritas, ¡te mataré! —amenazó *Dandy*—. Vamos. Parece que se impacientan.

May fue empujada hacia la puerta del vestíbulo. Una tercera llamada al timbre encogió el corazón de Jo, quien se situó detrás de *Dandy*, musitando:

—Estamos listos, *Dandy*. ¿Aviso a Johnny?

El *boss* no respondió. Miraba hacia la cerrada puerta de la calle y apretaba férreamente la culata de su arma.

—Pregunta quién es —siseó al oído de May.

La joven se volvió y dirigió a sus captores una venenosa mirada.

—¡Daría la vida porque fuese la policía!

—Peor lo ibas a pasar tú que nosotros... ¡Ni el doctor Hocke saldría con vida de aquí!

Esta amenaza surtió su efecto. May apretó los labios y se detuvo ante la cerrada puerta.

—¿Quién es? —preguntó, con voz insegura.

—Queremos ver a la señora Warbott —contestó una voz, con acusado acento extranjero.

—¡Frank Giampino! —exclamó *Dandy*, atónito—. ¿Qué viene a hacer aquí ése...? ¡Abre!

May no se movió. Fue *Dandy* quien descorrió el pestillo y retiró la cadena. La puerta se abrió. De las sombras exteriores irrumpieron tres hombres, ataviados con ropas de precio, pero sin distinción. El más recio, moreno y con bigote, llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta. Era un sujeto no mal parecido, pero de expresión dura y ojos homicidas.

Entraron aprisa, cerrando inmediatamente la puerta.

—Hola, *Dandy*. ¿Es ésta la chica?

—¿A qué ha venido, Frank? —preguntó *Dandy*, mirando sorprendido a su interlocutor.

Al mismo tiempo, los dos esbirros de Giampino quitaban la automática a Jo Good y le cacheaban, diciendo uno de ellos:

—No vayas a dañarte con esto, hijo. Nosotros lo guardaremos.

—Estaba preocupado por ti, *Dandy* —repuso el *gángster* expulsado de Estados Unidos—. No habéis asomado el hocico en todo el día, excepto esta mañana, para ir en busca de un médico borracho.

—¿Nos habéis estado vigilando? —se extrañó *Dandy*.

—¿Y qué te creías? Es nuestro dinero el que te gastas, *Dandy*.

Velar por el negocio es inteligente. ¿Por qué no habéis terminado aún?

—Han surgido dificultades... ¡No me gusta, Frank! ¡Creí que confiabas en mí!

—Por supuesto, *Dandy*. Yo me fío de todo el mundo —sonrió Frank Giampino, y rozó amistosamente la mejilla del otro—. Por eso he esperado a que fuera de noche. Lleváis aquí más de veinticuatro horas. Quiero echar un vistazo. No te alarmes, *Dandy*... ¡Preciosa chica, sí! ¡Muy linda! ¿Quién está herido?

—Braggs ha muerto —confesó *Dandy*.

—¡Hum, malo! ¿Cómo ha sido?

—Se hundió una viga y le pilló debajo. Por eso fuimos a buscar a Doc Hocke. Es amigo de Johnny.

—Vamos a ver el trabajo. Ya estaréis terminando, ¿eh?

—No tenías necesidad de venir, Frank. Yo siempre he cumplido mis promesas.

—¡Lo sé, *Dandy*, lo sé! No es por nada.

Frank Giampino, seguro de sí mismo, siempre con la mano oculta en el bolsillo, se dirigió hacia el salón como si conociera perfectamente la casa. Y la verdad era que había estudiado los planos previamente.

Dandy le acompañó, seguido de Jo y los dos guardaespaldas del italiano. May también hubo de seguirles, empujada por Jo.

En el revuelto salón, Giampino se detuvo, sacudiendo la cabeza.

—¡Vaya un trabajo, chicos! ¿Cuántos kilómetros tiene el túnel? ¿Habéis llegado hasta el Banco de Inglaterra?

—Teníamos que ahondar lo suficiente para alcanzar la base de la caja.

—Entra ahí, Mike —ordenó Giampino.

—Acompáñale, Jo.

Jo y el secuaz de Giampino saltaron dentro del pozo. El italiano se volvió entonces a May, la cual estaba muy perpleja y anonadada ante aquella nueva visita.

—¿Te han tratado bien, pequeña? ¿Y tu madre?

—¡Por favor, señor; déjeme usted ir con ella! ¡No soporto más esta angustia!

—Debías tener a las dos mujeres juntas, *Dandy*.

—Lo siento, Frank —musitó *Dandy*—. La madre... Bueno... No estaba muy bien. *Doc* la atendió... Ahora ya no...

El grito de May, al comprender la balbuceante charla de *Dandy*, resonó estridente en el salón.

—¡Mamá!

—¡Calla, estúpida! —exclamó Frank Giampino, agarrándola ferozmente del cuello—. ¡Vuelve a gritar así y te rebano el pescuezo!

—¡Mi madre...! ¡Aaagh!

Dandy se apresuró a recoger el pañuelo que había servido le mordaza para volver a cerrar la boca de May, a la que Giampino doblgó con una sola mano, sentándola en la silla.

—Desde luego, *Dandy* —masculló el *gángster*, entre dientes—, no se puede decir que hayas realizado una excelente labor.

—Lo siento.

—Puede que sí. ¿Qué falta para llegar a las joyas?

—Poco, Johnny ha encontrado ladrillos refractarios...

—Era de suponer.

—Pero los está salvando. No tardará ni una hora.

—Con dos muertos en la casa, permanecer aquí mucho tiempo es jugarse el patíbulo, *Dandy*. ¿Lo has pensado?

El aludido no respondió. Terminó de atar la mordaza a May, la cual temblaba como afectada por una extraña enfermedad.

—No quería decírtelo, pequeña —habló *Dandy*—. Créeme que lo siento... Tu madre ha muerto. Le ha fallado el corazón... ¡No, no ha sido cosa nuestra!

Imposibilitada de hablar, May abatió la cabeza y sus grandes ojos se le llenaron de lágrimas.

—No me gusta cómo lleváis esto, *Dandy*. Las joyas debían estar ya en vuestro poder —agregó Frank Giampino, encarándose con *Dandy*—. Allá, en Nueva York, se trabaja más aprisa.

«¡Podías haberte quedado allí, emparedado entre dos rascacielos, demonios!», pensó *Dandy*. Sin embargo, se limitó a decir:

—No ha sido culpa mía. Y si tienes miedo de que no cumpla mi promesa...

—¡Bah, *Dandy*; tengo las mejores referencias tuyas! No me preocupa eso, desde luego. Pero yo tengo mis propios sistemas de

trabajo. —El italiano sonrió, mostrando su perfecta ortodoncia, obra de un famoso protésico norteamericano—. Hay que ser cauto, amigo mío.

Se oyó a Johnny farfullar unas palabrotas en el agujero. Al poco, asomó la cabeza, fruncido el ceño.

—¿Qué es esto, *Dandy*? ¿A qué vienen estos tipos aquí?

—Es la financiera, Johnny —contestó *Dandy*—. El que paga el material.

—¿Por qué diablos no lo dijiste? ¿Significa eso que nuestra parte ha quedado reducida a...?

—¡Déjate de partes, Johnny! —declaró Giampino, secamente—. *Dandy* y yo hicimos un trato. Vosotros sois los operarios.

—¡Ni hablar del asunto, amigo! —respondió Johnny, empezando a salir del agujero.

Cuando estuvo afuera, sin embargo, se encontró ante el cañón de la pistola del italiano, que le apuntó entre los ojos.

—Cuidado conmigo, gorila —advirtió secamente—. Estoy acostumbrado a que nadie me discuta. ¿Eres el metalúrgico?

—¡Esto no va conmigo! ¡Renuncio, *Dandy*!

—Escucha, Johnny —medió *Dandy*—. Es mi parte lo que divido con Frank... ¡No la tuya! ¡Quedamos en la mitad!

—¿Y crees que yo lo hubiera permitido, después de haber trabajado ahí dentro como un condenado? ¡Ni lo sueñes!

—Dejémonos de discusiones. Hay que terminar el trabajo. Luego hablaremos.

—¡Lo hablamos ahora! ¡Y quítame ese cacharro de la vista, no sea cosa que te lo haga comer!

Nadie había hablado a Frank Giampino de aquel modo en muchos años. Ni siquiera la policía de Nueva York le trató nunca con tanta descortesía. Por esto, su brutal reacción fue fulminante.

El arma que empuñaba se alzó, trazó una parábola y luego cayó, sañuda y violentamente, sobre la nariz de Johnny, a la vez que su mano izquierda empujaba sin miramientos.

Johnny *Dirty Hands* perdió el equilibrio y cayó dentro del pozo, emitiendo un aullido de furia. Debió lastimarse, aunque trató de incorporarse en el acto. No lo consiguió. Mike Burton, el secuaz de Giampino, surgió del túnel y le atenazó contra el suelo.

—¡Enfríate o te congelo!

Mike era un asesino nato, frío, con más de una docena de muertes en su haber, sin conciencia.

—¡Sucios bastardos! —rugió Johnny.

—Cierra el pico —dijo Frank, desde arriba—. Termina el trabajo y no discutas con nosotros. Quédate con él, Mike.

—Hay otro tipo aquí dentro. Parece un «pagano» —observó Mike.

—Hazle salir. Ocúpate de que todo vaya correctamente.

Richard Hocke fue obligado a salir del agujero. Le ayudó Jo desde abajo y *Dandy* le tendió la mano.

—Refuerzos, ¿eh? —inquirió Richard, mirando a Frank.

—No te hagas el gracioso conmigo, hijo. Siéntate ahí y quédate quieto... ¡No, tú te quedarás ahí dentro! —Esta última orden iba dirigida a Jo Good, quien pretendía salir del agujero—. Daos prisa y no perdáis tiempo... Cuida de esta pareja, Buck. Y tú ven conmigo, *Dandy*. Quiero hablar en privado contigo. De paso veré a la mujer.

Buck Sharples, un hampón nefasto y peligroso, que aceptó el exilio voluntariamente, para acompañar a su jefe a Europa, sacó un paquete de cigarrillos americanos y pareció morder uno. No llevaba arma a la vista, pero su axila izquierda revelaba un bulto significativo.

—Te he visto beber en varios lugares —dijo Sharples, mirando a Richard, por encima de la llama de su encendedor de oro.

—¿Y qué? —repuso Richard, mientras *Dandy* y Frank Giampino abandonaban el revuelto salón, cerrando la puerta—. ¡No hay derecho a tenerla así! ¡Quitadle al menos ese sucio pañuelo!

—El jefe no quiere que grite.

May había levantado la cabeza y contemplaba a Richard, como quien ve el arco iris y la esperanza, a través de sus lágrimas. Él se le acercó, musitando:

—Lo siento, May... ¡Lo siento en el ama! Todos hemos tenido hoy mala suerte, sin excluir a Johnny. Creo que ha trabajado inútilmente.

—¡Cierra el pico, amigo! —amenazó Buck—. Los comentarios sobran.

Sin hacerle caso, Richard continuó:

—¿Ya sabes lo de tu madre, verdad? ¡Ellos la han matado!

May quiso decir algo, sacudiendo la cabeza. Sus ojos pretendían

expresar desesperadamente alguna cosa.

—¡Lo pagarán! —aseguró Richard.

Dentro del túnel se oyó el estampido de un arma. Richard y Buck se volvieron a un tiempo, inquietos.

Era Mike Burton quién había disparado, para amedrentar a Johnny, que se mostraba reacio a proseguir el trabajo. La bala del *gángster* se incrustó en la tierra, después de haber rozado el lóbulo de la oreja de Dirty Hands.

—Hazme caso y acaba lo iniciado, amigo —le advirtió Mike, secamente—. No queremos perder el tiempo... ¡Si tiro otra vez te agujerearé la cabeza!

—Obedece, Johnny —medió Jo, que no poseía talla para medirse con los sicarios de Giampino—. Este hombre no bromea.

—¿Qué pasa ahí? —Llegó hasta ellos, por el túnel, la voz de Buck Sharples.

—Nada, Buck. Ha sido un aviso amistoso. ¿Qué, tomas el soplete?

Johnny obedeció, rechinando de dientes. En aquellos momentos le importaba todo un bledo. Hubiera querido que el hierro de la caja fuerte fuese dinamita para, al aplicarle la llama, que saltara todo en mil pedazos.

Reanudó, furioso, el trabajo, y pronto quedó al descubierto el agujero que permitía sacar los compactos ladrillos refractarios, cosa que hizo con una pequeña palanca. Detrás quedó la segunda plancha de hierro.

—¡Esto se acaba! —exclamó Jo—. Pronto tendremos los diamantes en nuestras manos.

Johnny *Dirty Hands* sólo pensaba en el modo de sorprender a Mike Burton. ¡De haber podido alcanzarle con la llama del soplete...!

CAPÍTULO VII

Fue Jo Good quién se introdujo por el estrecho agujero, cuyos bordes irregulares todavía estaban calientes, y penetró en la caja fuerte de la joyería, llevando una de las linternas colgada de la boca. Johnny y Mike le habían empujado, izándole.

Casi en el acto, Jo lanzó una exclamación:

—¡Condenado me vea por toda la eternidad! ¡Esto está casi vacío!

Johnny *Dirty Hands*, que temblaba de emoción, una vez concluido su trabajo, se quedó como sin sangre.

—¿Eh? ¿Vacío?

—¡Quincallería! —gritó Jo, desde arriba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mike Burton, apoyándose en los bordes segados por el soplete, para meter la cabeza dentro de la caja acorazada.

Se trataba de una cámara de dos metros de alta por dos de ancha, completamente cuadrada. Había anaqueles y bandejas con paños negros. Pese al humo que reinaba en su interior, y que hacía toser a Jo, podía verse fácilmente que la tan anhelada fortuna brillaba por su ausencia.

A pesar de la dificultad que la empresa entrañaba, Mike Burton se encaramó y pasó por el agujero, situándose dentro de la cámara, junto a Jo Good.

—¡Esto no vale nada! —gritó Good—. ¡Bisutería barata! Ni una piedra fina... ¡Nada! ¡Un quincallero ignorante no daría por esto ni seis peniques!

Así era, en efecto. Mike Burton removió las bandejas, arrojando piezas de escaso valor por el suelo.

Jo Good, por su parte, golpeó la sólida puerta de acero de la cámara, mascullando:

—¡Podían haberlo dejado abierto! ¿Y para esto ha muerto un

hombre?

El más profano en la materia comprendería fácilmente el escaso valor del contenido de la sólida caja. Jo y Mike no eran expertos, precisamente, pero se dieron cuenta al terminar de remover las bandejas.

—A Frank no le va a gustar —habló Mike, entre dientes.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Johnny, asomando la cabeza por el agujero que tanto esfuerzo le había costado realizar.

—Esto es basura... Os lo podéis quedar —dijo Mike, agachándose para salir por el agujero practicado en el piso de la caja—. Aparta.

—¿Basura? ¿Después de todo lo que...? ¡Oh, no! ¡*Dandy* ha de pagarme! ¡Maldita sea toda su casta! ¡Le voy a...!

Johnny salió corriendo por el túnel, seguido de Mike Burton, que tardó muy poco en escabullirse por el agujero.

Afuera, en el salón, Richard Hocke estaba sentado junto a May, a la que alivió su situación poco antes, quitándole la mordaza. La muchacha no se consolaba de su dolor.

Frank Giampino y *Dandy* se encontraban junto al pozo. Este último se puso pálido al escuchar la voz de Johnny, gritando dentro del túnel:

—¡No hay nada! ¡Sólo quincalla!

—¿Qué?

Al salir Johnny por el agujero, Frank Giampino ya tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta. Detrás de él, Buck Sharples llevó su diestra a la axila, como obedeciendo una muda consigna de su jefe, cuyos más mínimos gestos conocía muy bien.

—¿Quién te dio los informes, *Dandy*? —preguntó Johnny, fuera de sí.

—¿Qué estás diciendo? ¡Hay más de un millón de libras en piedras preciosas! ¡Me hablaron de zafiros, diamantes, rubíes y brillantes! —exclamó *Dandy*.

—Ve a verlo, *Dandy* —dijo Frank Giampino, entre dientes—. ¡No salgas de ahí!

Esta última orden iba dirigida a Johnny, quien pretendía salir del agujero.

—¿Quién eres tú para darme órde...?

Johnny no pudo continuar. El pie del italiano le golpeó la

cabeza. Una negra «F. N.» salió del bolsillo del *gángster*.

—El que da las órdenes soy yo.

Richard Hocke se puso en pie. Al mismo tiempo, Buck Sharples extraía una automática pavonada y la montaba rápidamente. Fue él quien dijo a Richard:

—Quieto, *Doc*. Ten calma.

—¡Yo estaba seguro que en la caja había lo que he dicho! —añadió *Dandy*, apenas sin color en el rostro.

—Ve a comprobarlo.

Mike Burton también asomó por el agujero, despeinado, sucio de tierra, furioso. Llevaba el arma en la mano.

—¡Nos han tomado el pelo, Frank!

—No lo creas, Mike —contestó el bien parecido italiano—. Anda, *Dandy*. Trae tu millón de libras en gemas.

—Lo que yo he visto vale cuatro cuartos, Frank.

—Espero que *Dandy* tenga mejor suerte que tú.

—¡No puede ser! ¡Claro que iré a verlo!

Dandy saltó prontamente dentro del agujero, más por librarse de la amenaza del arma de Giampino que por confirmar la desagradable noticia. Apenas si cabían los tres en el agujero. Pero Johnny se aplastó contra el muro, dejándole pasar.

Ya dentro del túnel, más allá de Mike Burton, *Dandy* se tropezó con Jo Good. La linterna que sostenía éste deslumbró a *Dandy*.

—¡Quítame la luz de la cara, Jo! ¡No puede ser! ¡Déjame pasar!

—No pierdas el tiempo, *Dandy*. Yo lo he visto... ¡No hay nada que valga un penique!

—¡Frank me matará si eso es cierto, Jo!

—Cualquiera puede equivocarse.

—El no acepta equivocaciones. Los errores los han de pagar los demás.

—Yo le hablaré... Hay otros asuntos. Podemos intentar...

Dandy pasó junto a Jo y se introdujo en el túnel. Al llegar al fondo, asió una de las linternas y, sin preocuparse de sus ropas, trepó por el agujero hasta introducirse dentro de la caja acorazada, cuyo pavimento estaba sembrado de sortijas baratas.

Allí le alcanzaron las balas de Mike Burton, quien le siguió por orden de Frank Giampino.

El pistolero disparó casi a quemarropa, desde abajo.

Dandy aulló y se revolvió, pero no pudo defenderse. Poco antes, Frank le había exigido su arma, obligándole a entregársela. Ahora, su sicario ejecutaba la orden de muerte sin miramientos de ninguna clase. Con Giampino, los errores se pagaban con la vida.

El tercer balazo atravesó el corazón de *Dandy*. Ya estaba caído, de rodillas, con una mueca de infinito terror reflejada en el rostro.

La luz de la lámpara caída proyectó su sombra en el techo y las paredes de la cámara de acero.

—Lo siento —dijo Mike Burton, a modo de disculpa.

Asustado, Jo Good quiso salir de la trampa. Pero ante él, erguido e inflexible, se alzaba Frank Giampino, pistola en mano.

—Quédate ahí, muchacho, si es que no quieres morir antes de tiempo.

—¡Yo no sabía nada de esto! ¡Déjame salir!

—Espera... Dejad salir a Mike.

Johnny *Dirty Hands* estaba sentado dentro del túnel, anonadado. Apenas si escuchó los sordos estampidos que acabaron con la vida de *Dandy*. Temía, y no sin razón, que él también iba a correr la misma suerte.

No era así... ¡Su suerte sería mucho peor que la de *Dandy*!

Lo supo cuando Mike Burton hubo pasado por encima de él y salido del agujero. Pero, al principio, no lo comprendió.

—¡Esos dos...! —ordenó secamente Frank Giampino—. Meteos ahí.

La orden iba para Mary Warbott y Richard Hocke. Pero ninguno de los dos se movió.

—¿Qué se propone? —preguntó Richard.

—Toma a esa chica en brazos y métela en ese agujero —musitó Giampino—. Haz lo que te digo, ¡ahora!

Había un brillo homicida en los ojos del *gángster*. May miró suplicante a Richard y dijo:

—No le importe... Hágalo o le matará.

Richard no tuvo más remedio que asir a May y llevarla hacia el pozo.

—Échala ahí dentro.

—¡Es que...!

—¡Obedece, condenado! ¿O quieres que te mate aquí mismo?

Por suerte para Richard, Mike Burton le arrebató a May violentamente y la arrojó dentro del agujero, exactamente encima de Jo Good, quien emitió un grito.

—¡Adentro!

Richard no tuvo más remedio que saltar también.

—Johnny.

—¿Qué?

—Te estoy muy agradecido.

—¡Cállate, deslenguado! ¿Crees que yo suponía esto?

Los ruidos sordos de las paladas de tierra cayendo sobre el agujero se iban haciendo más débiles por momentos. Frank Giampino y sus dos esbirros se mostraron inflexibles.

Primero habían arrojado al pozo el cuerpo de Archibald Jones; luego echaron algunos utensilios. Por último, lo fueron rellenando de tierra.

Jo Good no había reaccionado aún. Se había escabullido hacia el fondo del túnel, temeroso de la venganza de los desalmados pistoleros.

Richard Hocke, por su parte, tras desatar a May, se había sentado en el suelo, apoyando la espalda en el muro del angosto túnel.

—No estamos encerrados —dijo Dirty Hands—. Tenemos la puerta de la caja. La abrirán a primeras horas y... ¡Seremos detenidos, pero esos perros vendrán con nosotros a prisión!

Johnny se consolaba en la venganza. Fue Richard quien le desanimó.

—Cuando abran la caja fuerte y descubran el agujero, encontrarán nuestros cadáveres.

Dentro del estrecho y húmedo túnel, las palabras del médico sonaron de modo lúgubre.

—¡Estamos vivos! —gritó Johnny.

—¿Por cuánto tiempo?

May Warbott gimió en la oscuridad, apretándose contra Richard.

—Nos han enterrado en vida —siguió diciendo el médico—. ¡Esto es una tumba!

—¿Quieres decir que...?

—Son las diez, Johnny. ¿A qué hora abren la joyería? A las

nueve, supongo. Tenemos once horas para consumir todo el aire que contiene este túnel. Y somos cuatro.

—¡No!

—Por eso lo ha hecho el jefe de esos tipos. No podemos salir hasta que abran la caja acorazada. Y para entonces...

Johnny *Dirty Hands* atajó a Richard soltando una estruendosa e histérica carcajada.

—¡La botella del oxígeno!

—¿Eh?

—¡No han pensado en la botella que tenemos ahí!

La linterna que sostenía Jo Good se encendió, alumbrando a los atrapados en el túnel. Richard vio a May que parpadeaba. Todos miraron a Johnny.

—Debe quedar bastante oxígeno —añadió el exminero—. Esa botella será nuestra salvación.

Richard no contestó, pero se arrastró hacia el fondo. Llegó al mismo tiempo que Jo Good hasta donde estaban las dos botellas.

—¡No toques nada! —gritó.

—¿Crees que esto nos servirá de algo?

—Es posible —dijo Richard, procediendo a cerrar la espita de la botella—. Todavía no lo necesitamos.

Johnny también se aproximó, seguido de May.

—Esta botella es de oxígeno. Ésa es acetileno.

—¡Aquí dice propano! —exclamó Jo.

—Para los efectos es lo mismo. De todas formas, podemos tratar de abrirnos camino. —Johnny se volvió a mirar hacia el oscuro fondo de la galería—. No nos costará mucho salir por donde hemos entrado. Incluso con las manos podemos abrir...

—Han echado objetos en el agujero... Incluso el cuerpo de vuestro amigo. Sí, por supuesto, hemos de hacer algo. —Richard miraba a May—. La culpa es vuestra. No tenéis derecho a sacrificar a esta chica.

—¡Díselo a esos monstruos!

También Johnny contempló a la asustada May.

—Podría decirte que lo siento, pequeña. ¿Para qué? Nos lo tenemos bien merecido. Saldré de ésta, no sé por qué sitio. Si nos abrimos paso por allí tenemos escapatoria. Si nos abren la puerta de la caja fuerte, iremos a prisión... ¡Pero denunciaré a esos tres

canallas!

—¡Todos sois iguales! —exclamó May, empezando a reaccionar—. ¡Vosotros habéis matado a mi madre! ¡Aunque yo muera aquí, lo haré gozando de vuestra agonía!

—¿Qué dices, preciosa?

La pregunta de Jo pareció lúgubre.

—¡Que os merecéis esto!

—Calma, pequeña. No queremos hacerte ningún daño...

—¡Es que no le harás nada! —Medió Richard—. ¡Ahora ya no tienes la pistola! ¡Estamos todos iguales!

Johnny se interpuso entre Jo y Richard, diciendo:

—Usemos la cabeza, amigos. Vamos a recapacitar. Aquí nos podemos atacar unos a otros y causamos mucho daño, pero no conseguiremos solucionar el problema en que estamos metidos. Hemos de portarnos como Amigos y...

—¡Jamás seré amigo vuestro! ¡Ni esperéis que ella lo sea!

—Tampoco lo queremos —refunfuñó Jo—. Vine a robar la joyería. No quería hacer daño a nadie.

—¿No? —gritó May—. ¿Y mi madre?

—¡Se murió sola! ¡Todos se mueren cuando les llega la hora!

—¡Vosotros la habéis matado!

Richard decidió intervenir, porque la discusión se iba acalorando y podía tener consecuencias dramáticas para todos.

—¡Basta! —exclamó—. Así no iremos a ninguna parte. No es que yo tenga muchos deseos de seguir viviendo. Creo que sería mejor para todos quedarse aquí hasta que se termine el aire.

—¡Yo no quiero morir! —gritó Jo.

—Eres el que más lo mereces —acusó Richard, secamente—. Tipos de tu calaña sobran en este mundo.

—¡Sucio deslenguado! ¡Te voy a...!

—¡Vamos, acércate y verás! —le atajó Richard.

Johnny *Dirty Hands*, empero, no dejó acercarse a los dos hombres. May Warbott, por su parte, también sujetó a Richard, tratando de evitar la contienda.

—¡Suéltame! —gritó Jo Good, forcejeando.

—¡Estate quieto, Jo! Sin pistola no puedes hacer nada. *Doc* te saltará todos los dientes.

—¡Eso es un alcohólico inútil!

Aquí terminó la discusión. Richard se contrajo como si hubiera recibido un golpe sañado al estómago.

—Es verdad —musitó cerca del oído de May—. No soy más que un inútil. ¿Cree alguien que me hubiera reformado? Ésa era mi intención. Pero no lo hubiera conseguido. Después de todo, he de darte las gracias por ir a buscarme, Johnny.

—¿Las gracias? ¿Después de lo que ha ocurrido?

—¿Y qué? Esta imprevista situación, al límite máximo de toda resistencia humana, es conveniente. Ahora es cuando un hombre se encuentra a sí mismo. No sé el tiempo que llevo tratando de no ser yo mismo. He pensado muchas veces en la muerte, pero no he tenido el valor de hacerlo. He pensado en todo menos en lo más importante. Y es que, con frecuencia, nos ocurre que los árboles no nos permiten ver el bosque, estando metidos en él.

May prestaba una especial atención a las palabras de Richard.

Los otros dos, en cambio, le escuchaban y no parecían oírle.

—Yo amaba mucho a mi esposa —siguió diciendo Richard—. Fanny era toda mi vida, lo que más amaba, lo único, lo más importante.

—Es un burro sentimental —musitó Jo.

—¡Cierra el pico, imbécil! ¡Doc vale más que tú como un millón de veces!

—Vamos a tratar de salir de aquí.

—Espera. Esos coyotes todavía están ahí.

Efectivamente, aunque muy débilmente ya, aún se percibían los golpes de la tierra cayendo en el pozo. Estaba claro que Giampino no pensaba darles facilidades.

—Hay otras muchas mujeres —murmuró May, cerca del oído de Richard.

—Sí —asintió él—. Pero yo sólo pensaba en Fanny. Yo la maté, cuando la llevaba a la Maternidad. Los maté a los dos... ¡También a mi hijo!

—Fue un accidente.

—¿Un accidente? —preguntó Richard, casi como un eco—. ¡Oh, no; eso es inadmisibile! ¡Soy médico y las vidas de los demás han dependido muchas veces de mí! ¡Fanny y mi hijo no podían morir de aquel modo!

—Es el destino... Yo he pasado mi vida cuidando a mi madre. El

destino ha querido que en un momento en que no he podido estar a su lado...

—¡Nosotros no tenemos la culpa! —exclamó Johnny.

—No quiero ya culpar a nadie —habló May, en voz baja—. Ella ha muerto. Sólo los designios de Dios podrían explicar esto. Ha ocurrido demasiada violencia esta noche. Además, estamos todos enterrados en vida, ¡culpables e inocentes! ¿Y qué más da? Creo que deberíamos poner en orden nuestras conciencias. No va a ser fácil salir de aquí... ¡Y Dios nos puede pedir cuentas de un momento a otro!

May sintió que la mano de Richard se deslizaba por su espalda, abrazándola y apretándola contra sí. No se molestó por ello; al contrario, le agradó aquel calor, el contacto confortable del único hombre digno que había allí. No importaba lo que Richard hubiera hecho. ¡No era un asesino, ni un ladrón, como los otros!

—En un par de horas podemos salir de esta trampa —observó Johnny—. Podemos hacer un agujero con las herramientas que tenemos. ¿Me ayudas, *Doc*?

Richard no contestó. Creía estar con Fanny en sus brazos.

—¡Claro que nos ayudará! —exclamó Jo Good—. Vamos, Johnny.

CAPÍTULO VIII

Los desesperados ímpetus de Jo Good se acabaron cuando la punta de la barra de acero tocó el cuerpo de Braggs. Inmediatamente retrocedió, trémulo.

—¡Allí está, Johnny!

—¿Qué te ocurre?

—¡Es Braggs!

Johnny masculló una imprecación.

—Hemos de retirarlo.

—¿Cómo?

—Sacando la tierra alrededor.

—Hazlo tú.

—¡Es un muerto, Jo! ¡No puede hacerte daño!

—¡No, tengo un miedo terrible!

—¿Miedo tú? ¿De qué pasta estás hecho? Siempre has alardeado de no asustarte por nada.

—Sí..., yo... ¡Hazlo tú, Johnny!

—Lo hará *Doc*... ¡Eh, Richard, ven acá!

—Lo siento. Yo no haré nada por salir de este agujero. May y yo queremos que se termine el aire cuanto antes.

—¡Estás loco! ¡Eres un imbécil! ¡Aparta, Jo; quítate de delante! ¡Alúmbrame!

Richard y May estaban al fondo, cerca de la chimenea que conducía a la caja fuerte de la joyería Klostern. Poco antes, del suelo, él había recogido una sortija. Ni siquiera se entretuvo en admirarla. Tomó la mano de May y la introdujo en su dedo anular.

—A Fanny ya no le importa —musitó.

—Ni a mi madre tampoco —asintió ella, acurrucándose contra el pecho de él.

Después, se besaron. Nada ni nadie podía impedirselo. Johnny y Jo estaban demasiado afanados sacando tierra del pozo y

arrojándola a sus espaldas, con lo que formaban un muro entre ellos y la pareja.

—Nos podemos quedar aquí, así, hasta que nos llegue el sueño —musitó Richard—. Será dulce.

—Sí..., ¡muy dulce!

—No habrá sufrimiento.

—No... Jamás he estado así con un hombre, Dick. Creo que he perdido lastimosamente el tiempo.

Él sonrió y besó los cabellos sucios de tierra de la joven.

—Moriremos juntos, May.

—¿Por qué hemos de morir? —inquirió ella, como despertando de un dulce letargo—. Esos dos hombres se abrirán camino.

—¡Bah! Ya sabemos lo que hay afuera. En cuanto me vea libre, habré de enfrentarme al fantasma de Fanny... Mi organismo está habituado al alcohol...

—No, Dick... ¡No digas eso! —Pareció gemir May—. ¿No notas un aturdimiento?

—Todavía es pronto.

—¡La botella de oxígeno, Dick!

—¿Qué ocurre? —preguntó Johnny, desde el lugar en donde estaba hurgando la tierra en torno al hombro del muerto.

—¡Se está acabando el aire! —gritó Jo Good, retrocediendo.

Richard Hocke se interpuso delante de Jo, quien le alumbró con la linterna.

—¡Déjame pasar! ¡Hay que abrir la botella de oxígeno! ¡El aire se está acabando!

—¿Qué vas a hacer?

—¡Abrir la espita!

—No —dijo Richard—. Nadie tocará esa botella.

—¿Qué dices? —interpeló Jo, alzando la linterna como para atacar con ella a Richard.

No llegó a golpearle, porque el médico actuó primero, disparando el puño con perfecta precisión. Alcanzado en la mandíbula, Jo boqueó y echó la cabeza atrás.

Un nuevo golpe, preciso y fulminante, concluyó la discusión. Jo quedó tendido sobre el irregular piso de la galería. La linterna cayó a su lado, quedando alumbrando a ras de tierra.

May se acercó y preguntó a Richard:

—¿Por qué no le has dejado abrir el oxígeno? ¿De veras estás dispuesto a dejarte morir? ¿Es que... no quieres que viva yo tampoco?

—No es eso, May. Todavía no necesitamos aire. Y si abrimos la espita, sin control, aumentaría la presión... No sé si quiero vivir o no. Aún no lo he decidido. ¿Quieres tú vivir?

—Sí. La muerte me asusta.

Richard la miró al rostro. La expresión de May era patética. Él le tomó el rostro entre las manos.

—No te dejaré morir, May. Tiéndete ahí, horizontalmente. Procura no excitarte. Eso relaja y el organismo consume menos oxígeno. El también ahorra aire, inconsciente.

Se refirió a Jo.

Johnny *Dirty Hands* se detuvo y se frotó el rostro con el sucio pañuelo. Richard se le había acercado por detrás, sosteniendo la linterna.

—Estás obstruyendo la galería, Johnny.

—En alguna parte he de echar la tierra. Esos malditos han enterrado a Braggs para dificultarnos la tarea. Han echado también un sillón y todo lo que han encontrado a mano.

—Es evidente que pretendían librarse de nosotros sin tener que recurrir a sus armas.

—Sí, eso es.

—Pero podemos salir, ¿eh?

—¡Claro que saldremos, en cuanto saque esos obstáculos! No quiero que llegue el día, vengan los de la joyería y nos cacen aquí como ratones en su madriguera.

—A mí no me importa.

—¡No, a ti no, lo sé; pero a mí, sí! ¡Quiero salir de aquí para retorcer el cuello a ese Giampino! ¿Por qué había de ser *Dandy* tan animal para pactar con ellos? Si lo hubiera sabido, yo no estaría aquí.

—Ni yo tampoco. Si tú no me llamas...

—Lo siento, *Doc*... ¡Créeme que lo siento de verdad!

¿Qué le ha pasado a Jo?

—He tenido que sacudirle. Quería abrir la botella del oxígeno porque ha tenido un aturdimiento a causa del calor.

—¿Tú sabes de esto, eh?

—Algo.

—¿Todavía no nos falta aire?

—Aún no. Ya lo empezaremos a sentir. He calculado el volumen de la galería. Sé lo que necesitamos. Aún nos falta bastante. Y cuando el anhídrido carbónico nos afecte, hemos de ser prudentes con el oxígeno y tomarlo a pequeñas dosis. No creo, sin embargo, que sea necesario. Podemos abrir un agujero por aquí antes de que se acabe el aire.

—Si no estuviera ahí el cuerpo de Braggs.

—Hay que perforar a un lado, junto al muro... En esa dirección. Sabemos que no hay más de dos metros de tierra encima. Conviene abrir un poco y luego meter la barra, haciendo un agujero.

—¡Yo quiero espacio para salir! —exclamó Johnny.

«Lo siento —pensó Richard—. Yo prefiero que la policía te eche mano y pagues tu delito.»

Con la ayuda de Richard, el agujero hacia arriba, en sentido ligeramente oblicuo, pronto empezó a extenderse. Richard procuraba, por todos los medios, no fijarse en la parte del cuerpo de Archibald Jones que emergía de entre la tierra. No era un espectáculo grato.

Pero, a pesar de la ayuda del joven doctor, se hacía difícil avanzar. Y, al cabo de un rato, mientras Johnny ahondaba el agujero, sintió un mareo.

—¡Aire, *Doc*, me falta aire!

—Descansa un poco.

—¡No! ¡Voy a morir asfixiado por hacerte caso!

Diciendo esto, Johnny se dirigió hacia Richard, que le interceptaba el paso.

—¡Echate atrás, *Doc*!

Richard pensó que enfrentarse a Johnny, amedrentado como estaba éste, podría tener malas consecuencias. A Jo pudo dominarlo con facilidad, porque se trataba de un tipo débil. Pero el exminero poseía una fornida constitución. Y, además, estaba asustado.

Obedeció, retrocediendo hasta donde estaba May. Allí, Johnny pudo pasar junto a él.

—Cuidado con la botella de oxígeno, Johnny. No sabemos lo que contiene.

El otro se detuvo.

—Vosotros también utilizáis eso para reanimar a los moribundos, ¿verdad?

—Las botellas de los hospitales están controladas.

—¿No es el mismo oxígeno?

—Sí, pero carecemos de regulador.

—¿Cómo lo harías tú?

—Regulando la espita y haciendo inhalar poco a poco, a intervalos. Pero creo que todavía no lo necesitas.

—Sí... ¡Déjame!

Richard siguió a Johnny, empuñando la linterna, hasta que llegaron donde estaban las botellas.

—No te aconsejo que lo toques, Johnny —advirtió Richard.

—¿Quieres que muera asfixiado? ¡Siento mi cabeza a punto de estallar!

—Eso son los nervios. Es mejor que te tiendas boca arriba. Yo te administraré el oxígeno.

—¡No, *Doc*! —replicó el otro, tomando el soplete y arrancándole de un tirón la goma negra.

Apuntó con ella hacia el muro y asió la espita de la botella de oxígeno, abriéndola con cuidado. Se oyó un silbido.

—¡Cierra! —gritó Richard—. ¡No hay salida de aire y aumentará la presión! Si hubieras traído un manómetro sabríamos qué presión tiene la botella.

Instintivamente, Johnny cerró la espita. Luego, miró al médico.

—¿Puedo confiar en ti, *Doc*? Sé que estás resentido por haberte metido en esto. Pero yo no sabía lo que iba a ocurrir. ¡Puedes creerme!

—Te creo, Johnny. Déjame a mí... Ponte la goma en la boca y aspira... Ahora.

Johnny sufrió un choque asfixiante, al salir bruscamente el oxígeno del extremo de la goma. Sólo fue un instante. Richard abrió y cerró al mismo tiempo. Pero quedó aturdido.

El puño de Richard hizo el resto, golpeándole con violencia en la sien.

Cuando Johnny *Dirty Hands* cayó de costado, Richard se apresuró a ir en busca de los alambres que antes habían sujetado las manos y los pies de May.

—Ya los tengo a los dos, May.

—¿Qué has hecho?

—He dejado sin sentido a Johnny. Conviene que no se consuma excesivamente el aire, cada vez más viciado. No abriré el oxígeno hasta el último momento.

—Si salimos de ésta, Dick..., ¡te amaré más que a mi vida!

—¿Lo dices en serio, May?

—Sí. De todo corazón.

Él se inclinó sobre ella y la besó en los labios. El lugar no era el más indicado para iniciar un romance, pero los corazones de ambos latieron emocionados por aquel contacto.

—Te salvaré, May —jadeó él, poco después.

—¿Quieres que te ayude?

—No te muevas de aquí Si sientes mareos, llámame. Acudiré cuanto antes.

Provisto de la lámpara, se arrastró por el túnel, pasando sobre el amontonamiento de tierra hasta llegar adonde habían estado trabajando.

Iba pensando en los que construyeron la caja fuerte de la joyería, que omitieron abrir un respiradero. Si al menos hubiera existido cerradura, o alguna especie de agujero. Pero no había nada. La única salida, hasta que se abriera la caja, era el lugar por donde habían entrado. Y éste, debido a la concienzuda labor de Frank Giampino y sus dos esbirros, estaba completamente obstruido.

Richard ignoraba que los *gangsters* se tomaron un gran trabajo. Habían actuado sin prisa, cegando el agujero y luego, con una pala, amontonando tierra encima... ¡Pero antes habían colocado encima de la tierra una alfombra, una puerta y parte de una mesa, sacada de la cocina!

Si Richard lograba llegar hasta el nivel del piso, se iba a encontrar con una terrible dificultad.

Más él no contaba con esto. Su lógica era la siguiente:

«Esos canallas sólo han querido dificultarnos la salida para tener tiempo de escapar. No podían tener nada contra mí o May», lo cual significaba mucho para él en aquellos momentos. Salir de allí era la vida para ambos. Y si lo lograban, Richard estaba dispuesto a empezar de nuevo. May podía serle útil. Era bonita, joven, estaba sola, como él.

Empujó con fuerza la barra de hierro. Creía que su extremo ya saldría al exterior. Pero no fue así. Continuaba tropezando con un sólido obstáculo.

Y bajo él se había formado un montón de tierra que le obligaba a trabajar pegado al techo del túnel.

Fue en aquel instante cuando la débil voz de May llegó hasta él:

—Dick..., ¡me mareo!

Dejó la barra de hierro en el agujero y retrocedió, no sin dificultad. No había hecho más que retirarse unos metros, cuando parte del techo de la galería se vino abajo sordamente.

Al volverse y alumbrar con la lámpara, quedó aterrado. ¡Para volver hasta donde estaba la posible salida era preciso retirar aquel montón de tierra!

¡La situación había empeorado, porque las dimensiones del túnel no hacían más que disminuir!

—¿Qué ha sido eso?

La voz de May llegó hasta él agitada por la emoción que le producía el presentimiento de la muerte.

—Parte del techo se ha hundido. Ven... Acércate a la botella de oxígeno.

—Siento ahogos, Dick.

El respiró con aprensión. Pero no sintió más que dolor de cabeza.

—Te daré un poco de oxígeno.

Se arrastraron hacia donde estaban las botellas. Y esta vez, Richard abrió el manorreductor con cautela, dejando escapar el aire vivificador.

—Respira aquí, May. Despacio. Esto produce euforia.

—Tengo un miedo terrible. A veces quisiera morirme, pero deseo vivir... ¡Quiero salir al aire libre!

—Ten calma, May. Voy a ver qué hora es. *Dandy* llevaba reloj. Aguanta la goma así. Pero no toques la espita.

Se alejó hacia el agujero de la caja. Llevaba la linterna en la mano. La sujetó con los labios para izarse y penetrar en la caja fuerte, cosa que consiguió no sin esfuerzo.

Allí examinó la caja, herméticamente cerrada, y vio que el reloj de *Dandy* señalaba las doce y media. Lógicamente, pensó, ya era lunes. Faltaban más de ocho horas para que alguien acudiera a la

joyería.

«¿Y si hubiera algún guardián?»

Este pensamiento le hizo cobrar súbitas esperanzas. Y sin pensarlo dos veces, agarró una de las bandejas metálicas y empezó a golpear fuertemente sobre la cerrada puerta.

Primero pegó con rapidez. Luego, espació los golpes, efectuando una especie de morse *sui generis* para llamar la atención del que pudiera estar en el interior de la joyería.

Al cabo de un largo rato, comprendiendo que nadie daba señales de vida, desistió de su esfuerzo y optó por regresar donde aguardaba May, a la que llamó al acercarse.

—¡May! ¿Cómo estás?

Nadie le respondió.

—¡May! —chilló, con fuerza.

Encontró a la joven sin sentido, en el suelo.

Entonces notó que respiraba con dificultad. Asió la goma de la botella de oxígeno y se llevó su extremo a la boca. Pero al abrir la espina no sintió nada... ¡Ni siquiera el aliento fresco y vivificador!

Entonces comprendió la terrible verdad: ¡la botella de oxígeno estaba vacía!

Y el aire se había enrarecido extraordinariamente en poco tiempo...

CAPÍTULO IX

Se ha dicho con frecuencia que un hombre puede revivir una vida entera en escasos segundos, precisamente, cuando los sentidos advierten que la muerte se aproxima o está agazapada en las inmediaciones.

Creyó que May estaba muerta. Pero un rápido examen le convenció de que aún vivía. El miedo o, lo que fuera la hizo perder el sentido.

—Es mejor así —musitó Richard—. No te darás cuenta... Me temo que no tenemos salida. Es imposible resistir sin aire hasta el amanecer... ¡Y ni siquiera puedo seguir haciendo agujero! ¿Cómo escapar de esta trampa infernal, Dios mío?

Se postró sobre May y gimió.

Allí revivió toda su existencia en escasos segundos. Volvió a su infancia, a su adolescencia, al día en que conoció a Fanny, a su matrimonio, a las ilusiones, a su trabajo.

¡Y se vio, de nuevo, conduciendo el coche que provocó la muerte de Fanny!

El gato, perro o lo que fuera que se cruzó en su camino. El patinazo del coche, al frenar sobre el pavimento húmedo, el choque... Y luego, aquel incomprensible período de oscuridad, de ceguera y aturdimiento, en donde apenas si recordaba escasas horas de lucidez, bebiendo casi siempre, ayudado por la señora Fulton y sus visitantes.

¿Qué le había ocurrido?

¡Ah, sí! Acabó por darse cuenta de que la casa de huéspedes de la señora Fulton no era otra cosa que un sucio burdel, y que le había hecho recetar hasta drogas prohibidas. Se dio cuenta de ello porque tuvo un atisbo de consciencia. Y descubrió posos blanquinosos en el fondo de la botella que tenía en la mesa de noche.

Por todo esto decidió dejar aquella casa y no volver más, habiendo elegido el peor momento para hacerlo... ¡cuando Johnny y *Dandy* acudieron a buscarle!

—Lo siento, May —murmuró—. Hubiera sido muy hermoso volver a empezar contigo... Creo que ya no queda tiempo... Perdóname, Fanny... Perdóname tú también, May... ¡Y tú, Johnny! Ya no puedo seguir luchando... Hemos llegado al fin.

El aire cada vez más enrarecido del túnel se iba convirtiendo en anhídrido carbónico, debido a la función respiratoria de los cuatro seres allí encerrados. Y de todos es sabido que dicho anhídrido, aunque no es venenoso, sí es irrespirable.

Y las consecuencias ya habían afectado a todos, excepto a Richard, que, habituado a los humos de las tabernas, al alcohol y a una existencia nociva, parecía habituado a la ausencia de oxígeno.

Esto no fue óbice para que, poco a poco, también los efectos narcóticos se apoderaran de su mente por la falta de aire. Y se quedó sobre el pecho de May, inerte, tras haber musitado:

—Perdóname..., Dios... mío.

Después, el silencio se enseñoreó del siniestro túnel, donde la muerte ya se cernía sobre todos sus ocupantes, sabedora, tal vez, de que sólo faltaban minutos para hacerse con cuatro vidas.

La linterna se le había escapado de las manos a Richard, cayendo al suelo. Ahora, la luz, cada vez más mortecina, alumbraba el rostro de May Warbott y el de Richard, como si la luz quisiera estar alumbrándolos en vida y en la muerte.

Pocos segundos después se escuchó un sonido metálico, como un golpe y un chasquido. Después, una voz autoritaria, diciendo:

—¡Cuidado, James! ¡Hay alguien!

—¡Han robado la caja! ¿Qué es...?

La explicación de estas voces estaba justificada por los golpes que, poco antes, había propinado Richard contra la pared y la puerta de la caja fuerte.

Henry King, guardián nocturno de la joyería Klostern, solía echar una cabezada de vez en cuando, sentado en una butaca. De no haber sido por el reloj de control, las noches las habría pasado durmiendo. ¿Quién iba a osar robar allí?

Pero le pagaban por velar y no por dormir. Y por eso marcaba el

reloj a las horas que tema asignadas.

Lo hacía a las diez, a las doce, a las dos y a las cuatro.

A medianoche tomaba un café y fumaba un cigarrillo. Mientras hacía esto, echaba una ojeada al periódico que siempre llevaba consigo, al entrar a trabajar.

Y cuando estaba leyendo, precisamente, una crónica de sucesos, una serie de golpes metálicos le hicieron dar un salto en su asiento. Salió del cuarto y escuchó.

Los golpes venían del despacho del señor Kloster, donde estaba la cámara acorazada.

Henry King desenfundó la pistola y sacó la llave del despacho. Abrió la puerta y encendió la luz. Los golpes, cada vez más fuertes, ¡sonaban exactamente dentro de la caja fuerte!

Quedó atónito. Aquello era imposible. La joyería se había cerrado el sábado a mediodía. Nadie había entrado allí en más de veinticuatro horas.

¿Quién daba golpes en el interior de la caja?

Aquello no era fácil de averiguar. El guardián no podía abrir la sólida puerta. Sólo el señor Kloster tenía la llave, además de saber la combinación.

Henry King estaba tan desconcertado que no supo qué hacer. Luego, optó por retroceder, salir del despacho y cerrar la luz. Casi corrió a la tienda, donde estaba el teléfono.

Su mano temblaba al marcar el número de la casa de su patrón.

Esperó unos segundos, hasta que alguien descolgó al otro lado y una voz soñolienta preguntó:

—Sí, mansión de los Kloster...

—¿Está el señor Kloster?

—¿Quién llama a estas horas?

—Soy King, el guardián de la joyería. Por favor, avisen al señor Kloster. ¡Hay alguien dentro de la caja acorazada!

—¿Eh?

—Dese prisa. No sé qué hacer.

—En seguida despierto al señor. Aguarde.

Los minutos parecieron horas para el inquieto Henry King. Pero, al fin, la voz sobresaltada del dueño de la joyería llegó hasta el guardián nocturno:

—¿Qué dice usted, King?

—Por favor, señor. Todavía se oyen los golpes. Estoy seguro de que alguien ha quedado encerrado dentro de la caja.

—¡Eso es imposible! ¡Yo mismo la cerré al retirar ayer el maletín con las piezas más importantes!

—¡Pues alguien está golpeando por dentro!

—Llama a la policía, King. Estaré ahí dentro de diez minutos.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Dos coches patrulla acudieron rápidamente. Henry King les abrió la puerta. Casi al instante llegó también el señor Klostern, a medio vestir.

Varios agentes irrumpieron en el establecimiento, dirigiéndose hacia el despacho, donde los golpes habían cesado. Esto creó cierto desconcierto entre los agentes. Un sargento, que había acudido con un revólver de reglamento —cosa poco habitual en la policía británica—, se volvió a King.

—¿Ahí?

—Sí. Ahí —repuso King.

—Hay que abrir. ¿Quién tiene la llave?

—Yo —dijo el señor Klostern.

—¿Qué guarda ahí?

—Cosas de escaso valor. Los sábados, cuando cerramos, al mediodía, meto en un maletín las piezas de más precio y me las llevo a casa. Allí tengo una caja secreta, que vigilo personalmente. No es que no me fíe de ésa. Es sólida y grande. Pero soy hijo de joyeros holandeses y mi abuelo ya empezó a inculcarme, desde niño, la manía de que nadie vigila las cosas mejor que uno mismo.

Mientras daba esta explicación, el señor Van Klostern abrió la pesada puerta utilizando las dos llaves de seguridad y luego hizo girar el volante.

Lo primero que vieron todos, al abrirse la puerta, fue el cuerpo de *Dandy* tendido en el suelo... Y numerosas piezas de escaso valor en torno a él.

¡Luego vieron el negro boquete que conducía al túnel!

Uno de los agentes entró y se inclinó sobre *Dandy*, mientras el sargento apuntaba hacia el agujero con el revólver, gritando:

—¡Salgan de ahí! ¡Somos la policía! ¡Bill, avisa al puesto y que envíen refuerzos! ¡Hay que rodear la manzana!

Los agentes de la estación de Westham se movieron con

celeridad. Alguien propuso al sargento:

—Déjeme entrar en ese agujero. Estoy seguro de que los ladrones ya no están aquí.

—Apuesto lo mismo —replicó el sargento—. Debieron discutir, al ver que no hallaban lo que querían, y ése resultó muerto.

—Yo conozco a ese individuo —dijo otro policía, asomándose a la puerta—. ¡Es *Dandy* Lawden, un delincuente que le gusta vestir con elegancia!

El sargento accedió a que el otro policía se metiera por el agujero. Creía comprender lo que había ocurrido. *Dandy* y sus cómplices riñeron. Alguien disparó y *Dandy* resultó herido. Debieron dejarle allí, y él aporreó la caja por dentro para obtener ayuda.

—Siento haber llegado tarde —murmuró el sargento—. Pero quien anda con fuego suele quemarse... ¡Ten cuidado, James!

El *policeman* que se deslizaba por el agujero, hacia el túnel, utilizó una linterna de bolsillo. Y lo primero que vio fue a Johnny *Dirty Hands*, atado de pies y manos, junto a las botellas de hierro.

—¡Eh, sargento; aquí hay alguien más...! ¡Diablos! ¿Qué significa esto? ¡Avisen a un médico! ¡Esto parece una catacumba! ¡Y el aire está viciado!

James se apresuró a salir del túnel. Tenía el rostro descompuesto al explicar al sargento:

—El túnel va hacia allá... Y hay varios cuerpos tendidos en el suelo. ¡Hay una lámpara encendida!

—¿Quién vive en la casa de al lado?

—La señora Warbott y su hija —explicó Van Kloster.

—¡Hay que sacar a esa gente!

—¿Viven? —preguntó el sargento.

—No lo sé.

—Es lo primero que debías haber comprobado, James. ¡Vuelve inmediatamente allá!

Las órdenes del sargento Henderson se cumplieron inmediatamente. Llegaron refuerzos. Acudió también, estruendosamente, una ambulancia. Alguien rompió una ventana en la casa de la señora Warbott, puesto que nadie contestaba a sus llamadas. La puerta estaba cerrada y el timbre repicaba en el vacío.

Mientras, el agente James hacía un descubrimiento

sorprendente:

¡Ninguno de los cuatro seres del túnel estaba muerto!

Fue preciso, empero, aplicar a todos una mascarilla de oxígeno. Luego, medio aturcidos, los sacaron por el agujero de la caja fuerte. Al ver a May Warbott en manos de los agentes, el señor Klostern exclamó:

—¡Esa mujer vive en la casa de al lado! ¡La conozco!

Pero el sargento impidió hablar a May, a la que hizo llevar rápidamente al exterior, donde los agentes la metieron en uno de los vehículos sanitarios.

Richard abrió los ojos cuando era sacado por el agujero. Apenas si se dio cuenta de que eran agentes de la policía los que le llevaban en brazos. Tampoco comprendió el significado de las palabras del sargento Henderson:

—Esposad a ese tipo y llevadle al «canguro». Lo quiero incomunicado de los otros.

Richard se recuperó cuando era introducido en un furgón celular.

Trató de defenderse, diciendo:

—¡Eh, que se confunden conmigo! ¡Suéltlenme! ¡Yo no soy un ladrón!

—Ya se lo contarás luego al jefe... ¡Ponle los hierros. Tony!

Las esposas cerraron las muñecas de Richard. Un sanitario llegó con una pequeña botella de oxígeno y una mascarilla.

—Soy el doctor Hocke —dijo Richard—. ¡Por favor, atiendan a la señorita Warbott!

—Ya lo hemos hecho.

—¿Cómo está?

—Algo mejor.

—¡Gracias a Dios!

CAPÍTULO X

El superintendente Horace G. Morris sonrió a Richard, al día siguiente, cuando éste entró en su despacho, acompañado por el sargento Henderson.

Allí estaba May, con otra ropa, en compañía de un hombre de mediana edad y un caballero de traje oscuro y porte distinguido.

—¡May! —exclamó Richard—. Temí que me hubieran mentido los agentes. Me dijeron que estabas bien.

La joven sonrió tímidamente y dijo:

—Éste es el señor Mac Hill, mi jefe... Y su abogado, el doctor Donovan.

—Mucho gusto, doctor Hocke —habló Patrick Mac Hill, el jefe de May—. Tengo entendido que salvó usted la vida a May.

Richard se pasó la mano por el cabello, esbozando una estereotipada sonrisa:

—Estoy seguro que ha exagerado —se acercó a ella y le tomó ambas manos, de forma entusiástica y significativa—. Me alegro de volver a verte, May.

—Yo también, Dick.

—Sentimos haberle tenido incomunicado, doctor Hocke —intervino el superintendente Morris, con su más complaciente sonrisa—. En verdad, nuestros agentes se confundieron con usted.

«Johnny Vigier, apodado Dirty Hands, ha confesado. Gracias a él estarcio buscando a Frank Giampino y a sus cómplices».

Confiamos en que, debido a la red de control organizada, caigan en nuestro poder de un momento a otro.

—¡Vaya! —suspiró Richard—. Después de todo...

—No debes preocuparte, Dick —dijo May—. El superintendente Morris me ha prometido ayudarte.

El aludido hizo un gesto ambiguo.

—Por supuesto que sí. Pero ¿necesita usted ayuda, doctor

Hocke?

Bajando la cabeza, Richard respondió:

—Me temo que sí, señor. Trabé relación con esos hombres en estado de profunda depresión. No soy como ellos, por supuesto. Pero me confundieron por vivir en su ambiente.

—Escuche, doctor Hocke —habló el abogado Donovan—. Sé quién es usted. Soy amigo del doctor Sprengle, jefe de cirugía del St. Paul Hospital.

El semblante de Richard se animó vivamente.

—¿De veras?

—Sí. Y he hablado con él hace media hora. Me ha dicho que hablaría con usted, que le aprecia mucho y que siente todo lo ocurrido. Pero si quiere volver a trabajar con él, le acogerá en su equipo con mucho gusto.

—¡Oh, no puedo creerlo! ¡Trabajé con el doctor Sprengle y...! —Richard se miró las manos—. ¿Creen que podré?

—¡Vamos, Dick; eres médico! —le animó May—. Debes volver a tu trabajo.

—Sí, creo que sí. Pero... Excúsenme, caballeros. ¿Podría hablar con May a solas?

—Nosotros ya nos retiramos —habló el señor Mac Hill—. Necesito a May en la oficina. Pero en las actuales circunstancias... Bueno, creo que empezaré a buscarme una nueva secretaria. ¿Vamos, John?

El abogado Donovan estrechó la mano del superintendente Morris y luego la de Richard, diciendo a éste:

—Animo, amigo. La ley no tiene nada contra usted. Sobrepóngase y empiece de nuevo. La vida sigue.

—Deseo seguir viviendo. Anoche vi la muerte demasiado cerca y eso afecta bastante. Gracias por todo.

El sargento Henderson fue quien acompañó a May y Richard a una salita contigua.

—Aquí pueden hablar. Nadie les molestará.

—Gracias.

May fue a sentarse bajo una ventana en una amplia butaca.

Richard, con las manos a la espalda, ofreciendo un lamentable estado, debido al deterioro de sus ropas, se quedó de pie ante ella.

—¿Y tu madre?

—Mañana será el sepelio —respondió May, apenas sin voz.

—Creo que hubiera muerto de todas formas.

—Es posible... ¡Pobre mamá! —Las lágrimas asomaron a los ojos de la joven.

—Lo siento, May. Has perdido lo que más querías. Pero yo... Tú y yo... Bueno, de esto quiero hablarte.

La vida continúa. ¿Crees que, si cambio y vuelvo a la cirugía, puedo aspirar a...?

—¡Oh, Bick!

—No sé si olvidaré a Fanny. Quiero que lo sepas todo. Pero sí te aseguro que haré todo lo humanamente posible por tu felicidad.

—¡Dick!

La joven se levantó y le echó los brazos al cuello.

Sus labios se encontraron en un ósculo intenso, apasionado, profundo y emocionado, que se prolongó largamente. Al separarse y mirarse a los ojos, él vio que May estaba llorando.

—¿Por qué lloras?

—No lo sé... Por mi madre... por ti... ¡Y por la que fue tu esposa!

—El destino posee métodos muy caprichosos para realizar sus propósitos, May. Nunca sabemos si lo malo de ahora nos puede proporcionar luego lo bueno. De todas formas, doy por compensado todo cuanto sufrimos ayer.

—¡Y yo!

Las declaraciones de Johnny *Dirty Hands* y Jo Good sirvieron para que la justicia detuviera a Frank Giampino, a Mike Burton y a Buck Sharples, los cuales fueron condenados a cadena perpetua.

Jo Good fue sentenciado a diez años de prisión y Johnny a tres. La declaración que el nuevo doctor Hocke hizo a favor de Johnny emocionó al tribunal.

—Este hombre es víctima de su ambiente. Inició su carrera delictiva en su pueblo natal, a consecuencias de una huelga que le llevó a una situación desesperada —fue, poco más o menos lo que vino a decir Richard—. Robó para comer. Fue encarcelado y trabajó amistades con delincuentes. De eso a convertirse en uno de ellos sólo media un paso.

«Pero Johnny Vigier siempre ha querido apartarse del delito. Lo

prueba el hecho de establecerse en un pequeño negocio, al que, por su desgracia, acudían muchos de sus antiguos conocidos de prisión».

»Pero los hombres se han de juzgar por sus actos, ilustres señores. Y Johnny ha actuado siempre con hombría y rectitud, dentro de lo que cabe.

»En el caso que nos ocupa, él fue uno de los engañados. Ese sujeto que está sentado en el banquillo, Frank Giampino, el verdadero culpable. El prestó dinero a *Dandy* Lawden...

La declaración de Richard ayudó mucho a Johnny, el cual escribió una carta al hospital, donde trabajaba su «defensor», dándole las gracias por su ayuda y explicándole, en un párrafo:

«Jo está incomunicado. Partió la cabeza a Giampino, al que enterraron hace unos días. ¿No lo has leído en los periódicos?

»Recibí el paquete que me envió May. ¡Qué buena chica es! Creo que debes darme las gracias por habértela presentado...»

Richard enseñó la carta a su mujer. Habían pasado los meses. Ya podían reír de nuevo. La sombra trágica de la muerte y la angustia se había diluido y podían afrontar la vida con esperanza e ilusión.

—¡Es un gran tipo Dirty Hands! —exclamó Richard.

—Sí... ¡Y Jo Good un sujeto peligroso! —terminó May.

—No creo que salga nunca de prisión, a menos que se escape. Pero de tipos como él se puede esperar cualquier cosa... Al menos, ya sabes cómo hacer agujeros bajo tierra.

May y Richard rieron alegremente.

Eran felices.

Habían vuelto a la vida.

Y ella esperaba un bebé...

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



